ROMEO Y JULIETA

Romeo and Juliet



WILLIAM SHAKESPEARE

Tragedia en cinco actos

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Sobre esta traducción

Adaptado del inglés gracias a LeyThra.

Esta es una traducción **completa** de *The Tragedy of Romeo and Juliet* (hacia 1595), de William Shakespeare (1564-1616), obra de dominio público. No hay resúmenes ni recortes. El texto base es la edición inglesa de Project Gutenberg (eBook n.º 1777); no se reproducen sus avisos de edición electrónica. La traducción al español es un trabajo nuevo.

Se tradujo a un español neutro de Latinoamérica, línea por línea. Los versos se mantienen como versos, pero en verso libre: no se respetó la métrica ni la rima estricta del original, salvo donde salió de forma natural (los sonetos del Coro, por ejemplo, conservan sus catorce versos). Las partes en prosa del original (el Ama, los criados, buena parte de Mercucio) se tradujeron también en prosa. Los tratamientos se mantienen: los amantes y los familiares se tutean; los criados y los desconocidos hablan de «usted» o de «vos» cuando el original usa un registro solemne.

Los nombres propios se pasaron a su forma española tradicional: Romeo, Julieta, Mercucio, Teobaldo, Baltasar, Montesco, Capuleto, fray Lorenzo y fray Juan. La división en escenas sigue la edición base, por lo que en los actos II y IV la numeración difiere de la de otras ediciones.

La traducción la realizó Claude, una inteligencia artificial de Anthropic. Los juegos de palabras que no se pueden pasar de un idioma a otro se explican en las «Notas de la traducción» al final.

Personajes

Escalo, Príncipe de Verona.

Paris, joven conde, pariente del Príncipe

Montesco, jefe de una de las dos casas enemigas

Capuleto, jefe de la otra casa enemiga

Romeo, hijo de Montesco

Mercucio, pariente del Príncipe y amigo de Romeo

Benvolio, sobrino de Montesco y amigo de Romeo

Teobaldo, sobrino de la señora Capuleto

Fray Lorenzo, franciscano

Fray Juan, franciscano

Baltasar, criado de Romeo

Sansón y Gregorio, criados de Capuleto

Abraham, criado de Montesco

Pedro, criado del Ama de Julieta

Un boticario.

Julieta, hija de Capuleto

La señora Capuleto, esposa de Capuleto

La señora Montesco, esposa de Montesco

El Ama de Julieta.

El Coro.

Además: un viejo Capuleto, tres músicos, un oficial, ciudadanos de Verona, guardias, el Paje de Paris, enmascarados, invitados y criados.

ESCENA: Verona; Mantua.

Índice

PRÓLOGO **5**

ACTO PRIMERO **6**

ACTO SEGUNDO **43**

ACTO TERCERO **78**

ACTO CUARTO **118**

ACTO QUINTO **139**

Notas de la traducción **160**

PRÓLOGO

Entra el Coro.

CORO

Dos casas, iguales ambas en nobleza,
en la hermosa Verona, donde situamos nuestra escena,
de un antiguo rencor pasan a un nuevo motín,
donde sangre civil mancha manos civiles.
De las entrañas fatales de estos dos enemigos
una pareja de amantes de mala estrella toma la vida;
sus lastimosos y desdichados tropiezos
con su muerte sepultan la contienda de sus padres.
El temible curso de su amor marcado por la muerte
y el persistir de la ira de sus padres,
que solo el fin de sus hijos pudo remover,
es ahora el tráfico de dos horas de nuestro escenario;
y si nos atienden con paciente oído,
lo que aquí falte nuestro esfuerzo procurará enmendar.

Sale.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Verona. Una plaza pública. Entran Sansón y Gregorio, con espadas y escudos, de la casa de Capuleto.

SANSÓN
Gregorio, te lo juro, no vamos a cargar carbón.

GREGORIO
No, porque entonces seríamos carboneros.

SANSÓN
Quiero decir que, si nos enfurecemos, desenvainamos.

GREGORIO
Sí, y mientras vivas, saca el cuello del dogal.

SANSÓN
Golpeo rápido cuando me provocan.

GREGORIO
Pero a ti no te provocan rápido a golpear.

SANSÓN
Un perro de la casa de Montesco me provoca.

GREGORIO
Provocar es moverse, y ser valiente es mantenerse firme. Por tanto, si te provocan, huyes.

SANSÓN
Un perro de esa casa me hará mantenerme firme. Tomaré la pared a cualquier hombre o mujer de los Montesco.

GREGORIO
Eso muestra que eres un esclavo débil; porque al más débil lo mandan contra la pared.

SANSÓN
Es verdad; y por eso las mujeres, por ser el vaso más frágil, siempre son empujadas contra la pared. Por eso yo apartaré de la pared a los hombres de Montesco y arrimaré contra ella a sus doncellas.

GREGORIO
La querella es entre nuestros amos y nosotros, sus hombres.

SANSÓN
Es lo mismo. Me mostraré como un tirano. Cuando haya peleado con los hombres, seré cruel con las doncellas: les cortaré la cabeza.

GREGORIO
¿La cabeza de las doncellas?

SANSÓN
Sí, la cabeza de las doncellas, o su doncellez. Tómalo en el sentido que quieras.

GREGORIO
Lo tomarán en el sentido quienes lo sientan.

SANSÓN
A mí me sentirán mientras pueda mantenerme en pie; y es sabido que soy una buena pieza de carne.

GREGORIO
Es bueno que no seas pescado; si lo fueras, serías un bacalao seco. ¡Desenvaina tu herramienta! Aquí vienen dos de la casa de los Montesco.

Entran otros dos criados, Abraham y Baltasar.

SANSÓN
Mi arma desnuda ya está fuera. ¡Pelea! Yo te respaldo.

GREGORIO
¿Cómo? ¿Darás la espalda y huirás?

SANSÓN
No me temas.

GREGORIO
No, ¡por la Virgen! ¡Yo, temerte!

SANSÓN
Pongamos la ley de nuestro lado; que empiecen ellos.

GREGORIO
Yo frunciré el ceño al pasar, y que lo tomen como quieran.

SANSÓN
No, como se atrevan. Me morderé el pulgar ante ellos; lo cual es una afrenta para ellos si la soportan.

ABRAHAM
¿Se muerde el pulgar ante nosotros, señor?

SANSÓN
Me muerdo el pulgar, señor.

ABRAHAM
¿Se muerde el pulgar ante nosotros, señor?

SANSÓN
(Aparte, a Gregorio.) ¿Está la ley de nuestro lado si digo que sí?

GREGORIO
(Aparte, a Sansón.) No.

SANSÓN
No, señor, no me muerdo el pulgar ante usted, señor; pero me muerdo el pulgar, señor.

GREGORIO
¿Busca pelea, señor?

ABRAHAM
¿Pelea, señor? No, señor.

SANSÓN
Pero si la busca, señor, estoy dispuesto. Sirvo a un hombre tan bueno como el suyo.

ABRAHAM
No mejor.

SANSÓN
Bien, señor.

Entra Benvolio.

GREGORIO
(Aparte, a Sansón.) Di «mejor». Aquí viene un pariente de mi amo.

SANSÓN
Sí, mejor, señor.

ABRAHAM
Miente.

SANSÓN
Desenvainen, si son hombres. Gregorio, recuerda tu golpe contundente.

Pelean.

BENVOLIO
¡Separaos, necios! *(Les abate las espadas.)* Envainad las espadas. No sabéis lo que hacéis.

Entra Teobaldo.

TEOBALDO
¿Cómo? ¿Desenvainado entre estos cobardes? Vuélvete, Benvolio, y mira tu muerte.

BENVOLIO
Solo mantengo la paz. Envaina tu espada, o úsala para separar a estos hombres conmigo.

TEOBALDO
¿Cómo? ¿Desenvainado y hablas de paz? Odio esa palabra como odio el infierno, a todos los Montesco y a ti. ¡En guardia, cobarde!

Pelean. Entran un oficial y tres o cuatro ciudadanos con garrotes o alabardas.

OFICIAL
¡Garrotes, picas y alabardas! ¡Golpeen! ¡Abátanlos!

CIUDADANOS
¡Abajo los Capuleto! ¡Abajo los Montesco!

Entran el viejo Capuleto en bata y su Esposa.

CAPULETO
¿Qué ruido es este? ¡Tráiganme mi espada larga, ho!

SEÑORA CAPULETO
¡Una muleta, una muleta! ¿Por qué pide una espada?

CAPULETO
¡Mi espada, digo! El viejo Montesco ha venido y blande su acero para desafiarme.

Entran el viejo Montesco y su Esposa.

MONTESCO

¡Villano Capuleto! No me detengan, déjenme ir.

SEÑORA MONTESCO

No darás un paso para buscar a un enemigo.

Entra el príncipe Escalo, con su séquito.

PRÍNCIPE

Súbditos rebeldes, enemigos de la paz,
profanadores de este acero manchado por vuestros vecinos...
¿No quieren oír? ¡Eh, ustedes, hombres, bestias,
que apagan el fuego de su rabia perniciosa
con fuentes de púrpura que brotan de sus venas!
Bajo pena de tortura, de esas manos sangrientas
arrojen al suelo sus armas descompuestas
y oigan la sentencia de su príncipe indignado.
Tres riñas civiles, nacidas de una palabra al aire,
por ti, viejo Capuleto, y por Montesco,
han turbado tres veces la quietud de nuestras calles
y han hecho que los ancianos de Verona
dejaran a un lado sus graves y decorosos atavíos
para blandir viejas partesanas con manos igual de viejas,
herrumbrosas de paz, para separar vuestro odio herrumbroso.
Si alguna vez perturban otra vez nuestras calles,
sus vidas pagarán el precio de la paz.
Por esta vez, todos los demás, retírense.
Tú, Capuleto, vendrás conmigo;
y tú, Montesco, ven esta tarde
a saber nuestra ulterior voluntad en este caso,
a la vieja Villafranca, nuestro lugar de justicia común.
Una vez más, bajo pena de muerte, que todos se retiren.

Salen todos, salvo Montesco, su Esposa y Benvolio.

MONTESCO

¿Quién reabrió esta antigua querella?
Habla, sobrino, ¿estabas presente cuando comenzó?

BENVOLIO

Aquí estaban los criados de su adversario
y los suyos, peleando de cerca antes de que yo llegara.
Desenvainé para separarlos. En ese instante vino
el ardiente Teobaldo, con la espada lista;
la cual, mientras exhalaba desafío a mis oídos,
blandió sobre su cabeza y cortó los vientos,
que, sin daño alguno, le silbaron con desdén.
Mientras intercambiábamos estocadas y golpes,
llegaron más y más, y pelearon por bandos,
hasta que vino el Príncipe, que separó a ambos bandos.

SEÑORA MONTESCO

¡Oh! ¿dónde está Romeo? ¿Lo vio hoy?
Muy contenta estoy de que no estuviera en esta riña.

BENVOLIO

Señora, una hora antes de que el venerado sol
asomara por la dorada ventana del Oriente,
un ánimo turbado me empujó a pasear afuera;
y allí, bajo la arboleda de sicómoros
que arraiga al poniente del lado de la ciudad,
tan temprano caminando vi a su hijo.
Hacia él me dirigí; pero él se dio cuenta de mí
y se escabulló en lo espeso del bosque.
Yo, midiendo sus afectos por los míos,
que entonces buscaban sobre todo estar donde no pudieran hallarse,
siendo uno de más para mi propio cansancio,
seguí mi humor, sin seguir el suyo,
y de buena gana evité a quien de buena gana huía de mí.

MONTESCO

Muchas mañanas allí se lo ha visto,
aumentando con lágrimas el rocío fresco de la mañana,
sumando a las nubes más nubes con sus hondos suspiros;
pero apenas el sol que todo lo alegra
empieza, en el extremo oriente, a correr
las sombrías cortinas del lecho de Aurora,
lejos de la luz se escabulle a casa mi hijo pesaroso
y a solas en su cuarto se encierra,
cierra sus ventanas, deja fuera la hermosa luz del día
y se fabrica una noche artificial.
Negro y portentoso resultará este humor
a menos que un buen consejo remueva la causa.

BENVOLIO

Mi noble tío, ¿sabe la causa?

MONTESCO

Ni la sé ni puedo saberla de él.

BENVOLIO

¿Lo ha importunado de algún modo?

MONTESCO

Tanto yo mismo como muchos otros amigos;
pero él, consejero de sus propios afectos,
es consigo mismo *(no diré cuán fiel)*
tan reservado y tan cerrado,
tan lejos de ser sondeado y descubierto,
como el capullo mordido por un gusano envidioso
antes de poder abrir sus dulces hojas al aire
o dedicar su belleza al sol.
Si solo pudiéramos saber de dónde brotan sus penas,
con tanto gusto daríamos la cura como la sabríamos.

Entra Romeo.

BENVOLIO

Miren, ahí viene. Si me hacen el favor de apartarse,
sabré su pesar, o seré muy rechazado.

MONTESCO

Ojalá fueras tan afortunado, quedándote,
de oír una confesión verdadera. Vamos, señora, vámonos.

Salen Montesco y su Esposa.

BENVOLIO

Buenos días, primo.

ROMEO

¿Es tan temprano el día?

BENVOLIO

Acaban de dar las nueve.

ROMEO

¡Ay de mí! las horas tristes parecen largas. ¿Era mi padre el que se fue de aquí tan deprisa?

BENVOLIO

Lo era. ¿Qué tristeza alarga las horas de Romeo?

ROMEO

No tener lo que, al tenerlo, las hace cortas.

BENVOLIO

¿Enamorado?

ROMEO

Fuera...

BENVOLIO

¿De amor?

ROMEO

Fuera del favor de aquella a quien amo.

BENVOLIO

¡Ay, que el amor, tan gentil en apariencia,
sea tan tirano y rudo en la prueba!

ROMEO

¡Ay, que el amor, cuya vista está siempre vendada,
sin ojos vea sendas hacia su voluntad!
¿Dónde cenaremos? ¡Ay de mí! ¿Qué riña hubo aquí?
Pero no me lo digas, que ya lo he oído todo.
Aquí hay mucho que ver con el odio, pero más con el amor.
Pues entonces, ¡oh amor pendenciero! ¡oh odio amoroso!
¡Oh todo, creado primero de la nada!
¡Oh pesada ligereza! ¡seria vanidad!
¡Caos deforme de formas de buen aspecto!
¡Pluma de plomo, humo brillante, fuego frío, salud enferma!
¡Sueño siempre despierto, que no es lo que es!
Este amor siento yo, que no siento amor en esto.
¿No te ríes?

BENVOLIO

No, primo, más bien lloro.

ROMEO

¿Buen corazón, por qué?

BENVOLIO

Por la opresión de tu buen corazón.

ROMEO

Pues tal es la transgresión del amor.
Penas mías yacen pesadas en mi pecho,
que tú vas a propagar, al oprimirlo
con más de las tuyas. Este amor que me has mostrado
añade más pena a la demasiada mía.
El amor es un humo alzado con el vapor de los suspiros;
purgado, un fuego que centellea en los ojos de los amantes;
agitado, un mar alimentado con lágrimas de amantes.
¿Qué más es? Una locura muy discreta,
una hiel que ahoga y una dulzura que preserva.
Adiós, primo.

BENVOLIO

¡Quieto! Iré contigo.
Si me dejas así, me haces agravio.

ROMEO

¡Bah! Me he perdido a mí mismo; no estoy aquí:
este no es Romeo, está en otra parte.

BENVOLIO

Dime en serio, ¿a quién amas?

ROMEO

¿Qué, voy a gemir y decírtelo?

BENVOLIO

¿Gemir? No, por cierto; pero dime con seriedad quién.

ROMEO

Manda a un enfermo hacer su testamento con seriedad.
¡Ay, palabra mal dicha a quien tan mal está! En serio,
primo, amo a una mujer.

BENVOLIO

Apuntaba cerca cuando supuse que amabas.

ROMEO

¡Un tirador excelente! Y es hermosa la que amo.

BENVOLIO

Un blanco hermoso, hermoso primo, se acierta más pronto.

ROMEO

Pues en ese acierto fallas. No la alcanzará
la flecha de Cupido. Tiene el ingenio de Diana
y, armada con la fuerte prueba de la castidad,
del débil arco infantil del Amor vive a salvo.
No soportará el asedio de palabras amorosas,
ni aguantará el encuentro de ojos que asaltan,
ni abrirá su regazo al oro que seduce a los santos.
¡Oh, es rica en belleza; solo pobre
porque, cuando muera, con su belleza muere su caudal!

BENVOLIO

¿Entonces ha jurado vivir siempre casta?

ROMEO

Lo ha jurado, y con ese ahorro hace un derroche enorme;
pues la belleza, matada de hambre por su severidad,
corta la belleza de toda posteridad.
Es demasiado hermosa, demasiado sabia, sabiamente
demasiado hermosa,
para merecer la dicha haciéndome desesperar.
Ha jurado no amar, y con ese voto
vivo muerto yo, que vivo para contarlo ahora.

BENVOLIO

Hazme caso: olvida pensar en ella.

ROMEO

¡Oh, enséñame cómo olvidar pensar!

BENVOLIO
Dando libertad a tus ojos. Examina otras bellezas.

ROMEO
Es el camino
para poner la suya *(exquisita)* más en cuestión.
Estas felices máscaras que besan la frente de las damas hermosas,
siendo negras, nos recuerdan que ocultan lo hermoso.
Quien ha quedado ciego no puede olvidar
el precioso tesoro de su vista perdida.
Muéstrame una dama sobremanera hermosa:
¿de qué sirve su belleza sino de nota
donde pueda leer quién superó a esa sobremanera hermosa?
Adiós. No puedes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO
Pagaré esa doctrina, o moriré en deuda.

Salen.

ESCENA II

Una calle. Entran Capuleto, el conde Paris y un Criado, el bufón.

CAPULETO
Pero Montesco está obligado igual que yo,
con idéntica pena; y no es difícil, creo,
para hombres tan viejos como nosotros, mantener la paz.

PARIS
De honorable reputación son ambos,
y es lástima que hayan vivido tanto tiempo enemistados.
Pero ahora, mi señor, ¿qué dice de mi petición?

CAPULETO

Solo repetir lo que antes he dicho:
mi hija es aún una extraña en el mundo,
no ha visto el cambio de catorce años;
dejemos que otros dos veranos se marchiten en su apogeo
antes de pensar que está madura para ser novia.

PARIS

Más jóvenes que ella han sido hechas madres felices.

CAPULETO

Y demasiado pronto se malogran las que tan temprano se hacen.
La tierra se ha tragado todas mis esperanzas salvo ella;
ella es la esperanzada señora de mi tierra.
Pero cortéjela, gentil Paris, gane su corazón;
mi voluntad es solo una parte de su consentimiento.
Si ella accede, dentro del alcance de su elección
yacen mi consentimiento y mi voz de buen acuerdo.
Esta noche celebro una antigua fiesta acostumbrada,
a la que he invitado a muchos huéspedes,
a los que quiero; y usted entre ellos,
uno más, bienvenidísimo, aumenta mi número.
En mi pobre casa espere ver esta noche
estrellas que pisan la tierra e iluminan el cielo oscuro.
Tal consuelo como sienten los jóvenes lozanos
cuando abril bien vestido pisa los talones
del cojo invierno, tal deleite
entre pimpollos femeninos frescos heredará usted esta noche
en mi casa. Oiga a todas, vea a todas,
y guste de la que más mérito tenga;
la cual, tras ver a muchas, la mía, siendo una,
podrá figurar en el número, aunque en la cuenta no cuente.
Venga, vaya conmigo. *(Al Criado, dándole un papel.)* Ve, mozo, recorre
la hermosa Verona; busca a esas personas
cuyos nombres están escritos ahí, y diles
que mi casa y mi bienvenida aguardan su gusto.

Salen Capuleto y Paris.

CRIADO

¿Buscar a los que tienen sus nombres escritos aquí? Escrito está
que el zapatero se meta con su vara y el sastre
con su horma, el pescador con su pincel y el pintor
con sus redes; pero a mí me mandan a buscar a las personas cuyos nombres
están aquí escritos, y nunca puedo hallar qué nombres
ha escrito aquí la persona que escribió. Debo ir a los letrados. ¡En buena hora!

Entran Benvolio y Romeo.

BENVOLIO

¡Bah, hombre! un fuego apaga el ardor de otro;
un dolor se alivia con la angustia de otro;
da vueltas hasta marearte, y te sanarán dándolas al revés;
una pena desesperada se cura con el languidecer de otra.
Toma alguna nueva infección en el ojo,
y el veneno rancio de la vieja morirá.

ROMEO

Tu hoja de llantén es excelente para eso.

BENVOLIO

¿Para qué, te ruego?

ROMEO

Para tu espinilla rota.

BENVOLIO

Pero Romeo, ¿estás loco?

ROMEO

No loco, sino más atado de lo que lo está un loco;
encerrado en prisión, sin comer,
azotado y atormentado y... buenas tardes, buen hombre.

CRIADO
Dios le dé buenas tardes. Le ruego, señor, ¿sabe leer?

ROMEO
Sí, mi propia fortuna en mi miseria.

CRIADO
Quizá la aprendió de memoria. Pero le ruego, ¿puede leer cualquier cosa que vea?

ROMEO
Sí, si conozco las letras y la lengua.

CRIADO
Habla usted con honradez. ¡Que se divierta!

ROMEO
Espera, hombre; sé leer. *(Lee.)*

«El señor Martino y su esposa e hijas;

el conde Anselmo y sus hermosas hermanas;

la señora viuda de Vitruvio;

el señor Placentio y sus encantadoras sobrinas;

Mercucio y su hermano Valentín;

mi tío Capuleto, su esposa e hijas;

mi bella sobrina Rosalina y Livia;

el señor Valencio y su primo Teobaldo;

Lucio y la vivaz Elena.»

ROMEO
(Devuelve el papel.) Una bella asamblea. ¿Adónde deben venir?

CRIADO
Arriba.

ROMEO
¿Adónde?

CRIADO
A cenar, a nuestra casa.

ROMEO
¿De quién es la casa?

CRIADO
De mi amo.

ROMEO
En verdad, debí preguntarte eso antes.

CRIADO
Ahora se lo diré sin que pregunte. Mi amo es el gran y rico Capuleto; y si usted no es de la casa de los Montesco, le ruego que venga a vaciar una copa de vino. ¡Que se divierta!

Sale.

BENVOLIO
En esta misma antigua fiesta de Capuleto
cena la hermosa Rosalina a quien tanto amas,
con todas las admiradas bellezas de Verona.
Ve allá, y con ojo sin prejuicios
compara su rostro con algunos que te mostraré,
y te haré pensar que tu cisne es un cuervo.

ROMEO

Cuando la devota religión de mis ojos
mantenga tal falsedad, entonces conviértanse las lágrimas en fuego;
y estas, que, a menudo ahogadas, nunca pudieron morir,
¡herejes transparentes, ardan por mentirosas!
¿Una más hermosa que mi amor? El sol que todo lo ve
nunca vio su igual desde que el mundo comenzó.

BENVOLIO

¡Bah! La viste hermosa porque no había nadie más cerca,
equilibrada consigo misma en ambos ojos;
pero en esa balanza de cristal pese
el amor de tu dama contra alguna otra doncella
que te mostraré brillando en esta fiesta,
y apenas lucirá bien la que ahora te parece la mejor.

ROMEO

Iré contigo, no para ver tal espectáculo,
sino para regocijarme en el esplendor de la mía.

Salen.

ESCENA III

La casa de Capuleto. Entran la Señora Capuleto y el Ama.

SEÑORA CAPULETO

Ama, ¿dónde está mi hija? Llámala para que venga a mí.

AMA

Ahora, por mi doncellez a los doce años,
ya le dije que viniera. ¡Vamos, cordero! ¡vamos, mariquita!
¡Dios nos libre! ¿Dónde está esta muchacha? ¡Julieta!

Entra Julieta.

JULIETA
¿Qué pasa? ¿Quién llama?

AMA
Tu madre.

JULIETA
Señora, aquí estoy. ¿Qué desea?

SEÑORA CAPULETO
Se trata de esto... Ama, déjanos un momento, debemos hablar en secreto. Ama, vuelve; me he acordado, oirás nuestro consejo. Sabes que mi hija tiene una edad linda.

AMA
A fe, puedo decir su edad hasta la hora.

SEÑORA CAPULETO
No tiene catorce.

AMA
Apuesto catorce de mis dientes...
y aun, con mi pesar sea dicho, solo tengo cuatro...
que no tiene catorce. ¿Cuánto falta ahora
para la fiesta de Lammas?

SEÑORA CAPULETO
Quince días y algunos más.

AMA

Pares o nones, de todos los días del año,
la víspera de Lammas, por la noche, cumplirá catorce.
Susana y ella *(¡Dios descanse a todas las almas cristianas!)*
eran de la misma edad. Bueno, Susana está con Dios;
era demasiado buena para mí. Pero, como dije,
la víspera de Lammas por la noche cumplirá catorce;
así será, por la Virgen; lo recuerdo bien.
Hace ya once años del terremoto;
y la destetaron *(nunca lo olvidaré)*,
de todos los días del año, justo ese día;
porque yo me había puesto ajenjo en la teta,
sentada al sol bajo el muro del palomar.
Mi señor y usted estaban entonces en Mantua.
No, tengo buena cabeza. Pero, como decía,
cuando probó el ajenjo en el pezón
de mi pecho y lo sintió amargo, ¡la pobre tontita!,
¡verla enfadada y reñir con la teta!
«¡Tiembla!», dijo el palomar. ¡No hizo falta, creo,
que me mandaran largarme!
Y desde ese tiempo han pasado once años,
pues entonces ya podía estar de pie sola; no, por la cruz,
podía correr y andar a trompicones por todas partes;
porque justo el día antes se rompió la frente;
y entonces mi marido (¡Dios tenga su alma!
era un hombre alegre) alzó a la niña.
«Sí», dijo, «¿te caes de bruces?
Te caerás de espaldas cuando tengas más juicio;
¿verdad que sí, Julita?», y, por mi santa patrona,
la pobre criatura dejó de llorar y dijo: «Sí».
¡Ver ahora cómo una broma acaba resultando!
Garantizo que, si viviera mil años,
nunca lo olvidaría. «¿Verdad que sí, Julita?», dijo él,
y la pobre tontita se calló y dijo: «Sí».

SEÑORA CAPULETO

Basta de esto. Te ruego que te calles.

AMA

Sí, señora. Pero no puedo menos que reír
al pensar que dejara de llorar y dijera: «Sí».
Y sin embargo, garantizo, tenía en la frente
un chichón como el huevo de un gallito;
un golpe peligroso; y lloraba amargamente.
«Sí», dijo mi marido, «¿te caes de bruces?
Te caerás de espaldas cuando llegues a la edad;
¿verdad que sí, Julita?». Se calló y dijo: «Sí».

JULIETA

Y cállate tú también, te ruego, ama, digo yo.

AMA

Paz, ya acabé. ¡Que Dios te marque con su gracia!
Fuiste el bebé más lindo que jamás crie.
Si pudiera vivir para verte casada algún día, tendría mi deseo.

SEÑORA CAPULETO

Pues ese «casada» es justamente el tema
del que vine a hablar. Dime, hija Julieta,
¿cómo estás dispuesta a casarte?

JULIETA

Es un honor con el que ni sueño.

AMA

¿Un honor? Si yo no fuera tu única nodriza, diría que mamaste sabiduría de mi pecho.

SEÑORA CAPULETO

Bien, piensa ahora en el matrimonio. Más jóvenes que tú,
aquí en Verona, damas de estima
ya han sido hechas madres. Según mi cuenta,
yo era tu madre más o menos a la edad
que tú tienes ahora siendo doncella. Así que, en suma:
el valiente Paris te busca por amor.

AMA

¡Un hombre, señorita! señorita, un hombre tal

como todo el mundo... ¡vaya, es un hombre de cera!

SEÑORA CAPULETO

El verano de Verona no tiene flor como esa.

AMA

No, es una flor, a fe mía, una verdadera flor.

SEÑORA CAPULETO

¿Qué dices? ¿Puedes amar al caballero?
Esta noche lo verás en nuestra fiesta.
Lee el volumen del rostro del joven Paris
y halla escrito allí el deleite con la pluma de la belleza;
examina cada rasgo casado con otro
y ve cómo uno presta contento al otro;
y lo que yace oscurecido en este hermoso volumen
hállalo escrito al margen de sus ojos.
Este precioso libro de amor, este amante sin encuadernar,
para embellecerse solo le falta una tapa.
El pez vive en el mar, y gran orgullo es
que lo hermoso oculte lo hermoso dentro de sí.
Ese libro comparte la gloria a los ojos de muchos
cuando en broches de oro encierra la historia dorada;
así compartirás todo lo que él posee
teniéndolo a él sin ser tú menos.

AMA
¿Menos? ¡No, más! Las mujeres engordan con los hombres.

SEÑORA CAPULETO
Habla brevemente, ¿puedes aceptar el amor de Paris?

JULIETA
Miraré para gustar, si mirar mueve a gustar;
pero no más hondo hundiré mi ojo
de lo que tu consentimiento dé fuerza para lanzarlo.

Entra un Criado.

CRIADO
Señora, los invitados han llegado, la cena está servida, la llaman, preguntan por la señorita, el ama maldecida en la despensa, y todo en el colmo. Debo ir a servir. Les ruego que vengan enseguida.

SEÑORA CAPULETO
Te seguimos. *(Sale el Criado.)* Julieta, el Conde espera.

AMA
Ve, muchacha, busca noches felices para días felices.

Salen.

ESCENA IV

Una calle. Entran Romeo, Mercucio, Benvolio, con cinco o seis enmascarados más y portadores de antorchas.

ROMEO
¿Qué, se dirá este discurso como excusa nuestra,
o seguimos adelante sin disculpa?

BENVOLIO

Ya pasó la moda de tal prolijidad.
No tendremos a un Cupido con los ojos vendados con una bufanda,
con un arco pintado de tártaro hecho de listones,
espantando a las damas como un espantapájaros;
ni un prólogo sabido de memoria, dicho con voz débil
siguiendo al apuntador, para nuestra entrada;
sino que, que nos midan como quieran,
les mediremos una danza, y nos iremos.

ROMEO

Dame una antorcha. Yo no sirvo para este paseíto;
siendo pesado, llevaré la luz.

MERCUCIO

No, gentil Romeo, debemos hacerte bailar.

ROMEO

Yo no, créeme. Tú tienes zapatos de baile
con suelas ágiles; yo tengo un alma de plomo
que me clava al suelo y no puedo moverme.

MERCUCIO

Eres un enamorado. Pídele prestadas las alas a Cupido
y remóntate con ellas por encima de un límite común.

ROMEO

Estoy demasiado herido por su flecha
para alzarme con sus plumas ligeras; y tan atado
que no puedo brincar un palmo sobre el duelo opaco.
Bajo la pesada carga del amor me hundo.

MERCUCIO

Y, para hundirte en él, cargarías al amor,
una opresión demasiado grande para algo tan tierno.

ROMEO

¿Es el amor algo tierno? Es demasiado áspero,
demasiado rudo, demasiado brusco, y punza como espina.

MERCUCIO

Si el amor es áspero contigo, sé áspero con el amor.
Punza al amor por punzar, y lo derribarás.
Dame una caja para meter mi rostro.
¡Una máscara para una máscara! ¿Qué me importa
qué ojo curioso anote las deformidades?
Aquí están las cejas de escarabajo que se sonrojarán por mí.

BENVOLIO

Vamos, llamen y entremos; y apenas dentro,
que cada cual se ponga a usar las piernas.

ROMEO

¡Una antorcha para mí! Que los frívolos de corazón ligero
hagan cosquillas a los juncos insensibles con sus talones;
pues me han sentenciado con una frase de abuelo:
seré un sujeta-velas y miraré;
el juego nunca fue tan hermoso y ya acabé.

MERCUCIO

¡Bah! ¡Mudo como ratón, palabra del alguacil!
Si eres el Mudo, te sacaremos del fango
de este amor, con perdón, en el que estás metido
hasta las orejas. ¡Vamos, malgastamos la luz del día, eh!

ROMEO

No, eso no es así.

MERCUCIO

Digo, señor, que con la demora
gastamos en vano nuestras luces, como lámparas de día.
Toma nuestra buena intención, porque nuestro juicio se sienta
cinco veces en ella antes de una en nuestros cinco sentidos.

ROMEO

Y tenemos buena intención al ir a esta mascarada;
pero no es sensato ir.

MERCUCIO

¿Por qué, se puede preguntar?

ROMEO

Soñé un sueño esta noche.

MERCUCIO

Y yo también.

ROMEO

Bueno, ¿cuál fue el tuyo?

MERCUCIO

Que los soñadores a menudo mienten.

ROMEO

En la cama dormidos, mientras sueñan cosas verdaderas.

MERCUCIO

¡Oh, entonces veo que la reina Mab ha estado contigo!
Ella es la comadrona de las hadas, y llega
con una forma no mayor que una piedra de ágata
en el dedo índice de un regidor,
arrastrada por un tiro de pequeños átomos
a través de las narices de los hombres mientras duermen;
los radios de su carro, hechos de largas patas de araña;
la capota, de alas de saltamontes;
los tirantes, de la más fina tela de araña;
los collares, de los húmedos rayos de la luz de luna;
el látigo, de hueso de grillo; la tralla, de gasa;
su cochero, un pequeño mosquito de casaca gris,
ni la mitad de grande que un gusanillo redondo
sacado del dedo perezoso de una doncella;
su carroza es una avellana vacía,
hecha por la ardilla carpintera o el viejo gusano,
desde tiempo inmemorial carroceros de las hadas.
Y en tal aparato galopa noche tras noche
por los cerebros de los amantes, y entonces sueñan con amor;
sobre las rodillas de los cortesanos, que sueñan al instante con reverencias;
sobre los dedos de los abogados, que sueñan al instante con honorarios;
sobre los labios de las damas, que sueñan al instante con besos,
los cuales la airada Mab a menudo castiga con ampollas
porque sus alientos están viciados de confites.
A veces galopa sobre la nariz de un cortesano,
y entonces sueña él con olfatear una pretensión;
y a veces llega con el rabo de un cerdo del diezmo
haciendo cosquillas a la nariz de un párroco mientras duerme,

y entonces sueña él con otro beneficio.
A veces cabalga sobre el cuello de un soldado,
y entonces sueña él con degollar a extranjeros,
con brechas, emboscadas, espadas españolas,
con brindis de cinco brazas de hondo; y luego al punto
tambores en su oído, con lo cual se sobresalta y despierta,
y así asustado jura una oración o dos
y vuelve a dormirse. Esta es la misma Mab
que trenza las crines de los caballos por la noche
y cuece los mechones de elfo en el pelo sucio y desaseado,
que una vez desenredados presagian mucha desgracia.
Esta es la bruja que, cuando las doncellas yacen de espaldas,
las oprime y les enseña primero a soportar,
haciéndolas mujeres de buen porte.
Esta es ella...

ROMEO

¡Paz, paz, Mercucio, paz!
No hablas de nada.

MERCUCIO

Cierto, hablo de sueños,
que son los hijos de un cerebro ocioso,
engendrados por nada sino vana fantasía;
la cual es tan delgada de sustancia como el aire
y más inconstante que el viento, que corteja
ahora mismo el helado seno del Norte
y, enojado, se aleja de allí soplando,
volviendo el rostro al Sur que gotea rocío.

BENVOLIO

Este viento del que hablas nos aleja de nosotros mismos.
La cena ha terminado, y llegaremos demasiado tarde.

ROMEO

Temo que demasiado temprano; pues mi alma presiente
que alguna consecuencia, aún colgada en las estrellas,
comenzará amargamente su temible plazo
con las fiestas de esta noche y expirará el término
de una vida despreciada, encerrada en mi pecho,
por algún vil castigo de muerte prematura.
¡Pero que quien tiene el timón de mi rumbo
dirija mi vela! ¡Adelante, gentiles caballeros!

BENVOLIO

Toca, tambor.

Marchan alrededor del escenario. Salen.

ESCENA V

La casa de Capuleto. Salen criados con servilletas.

PRIMER CRIADO

¿Dónde está Potpan, que no ayuda a quitar la mesa?
¡Él mover un plato! ¡él raspar un plato!

SEGUNDO CRIADO

Cuando los buenos modales están todos en manos de uno o dos hombres, y sin lavar encima, es cosa fea.

PRIMER CRIADO

Fuera los bancos, quiten el aparador, vigilen la vajilla. Buen amigo, guárdame un trozo de mazapán y, si me quieres, que el portero deje entrar a Susana Piedra-de-Afilar y a Nell. ¡Antonio, y Potpan!

SEGUNDO CRIADO

Sí, muchacho, listo.

PRIMER CRIADO

Los buscan y los llaman, preguntan por ustedes y los reclaman en la gran sala.

TERCER CRIADO

No podemos estar aquí y allá a la vez. ¡Ánimo, muchachos! Estén ágiles un rato, y el que viva más se lo lleva todo.

Salen. Entran los enmascarados; entran con criados Capuleto, su Esposa, Julieta, Teobaldo y todos los invitados y damas que dan la bienvenida a los enmascarados.

CAPULETO

¡Bienvenidos, caballeros! Las damas que tengan los dedos
de los pies sin la plaga de los callos bailarán con ustedes.
¡Ajá, mis señoras! ¿Cuál de todas
negará ahora el baile? La que se hace la melindrosa,
esa, lo juro, tiene callos. ¿Les he dado en el blanco?
¡Bienvenidos, caballeros! He visto el día
en que usé antifaz y supe decir
un cuento al oído de una hermosa dama,
de esos que agradan. ¡Pasó, pasó, pasó!
¡Bienvenidos, caballeros! Vamos, músicos, toquen.
¡Sala, sala! ¡Hagan lugar! Y a bailar, muchachas.

Suena la música y bailan.

CAPULETO

¡Más luz, bribones! Y levanten las mesas,
y apaguen el fuego, la sala se ha vuelto demasiado calurosa.
Ah, amigo, este recreo inesperado llega bien.
No, siéntese, siéntese, buen primo Capuleto,
que usted y yo hemos pasado ya la edad de bailar.
¿Cuánto hace desde que usted y yo
estuvimos por última vez en una mascarada?

SEGUNDO CAPULETO

Por Nuestra Señora, treinta años.

CAPULETO

¿Qué, hombre? ¡No es tanto, no es tanto!
Desde la boda de Lucencio,
que Pentecostés venga tan pronto como quiera,
unos veinticinco años, y entonces fuimos con máscara.

SEGUNDO CAPULETO

¡Es más, es más! Su hijo es mayor, señor;
su hijo tiene treinta.

CAPULETO

¿Me dice eso a mí?
Su hijo era apenas un pupilo hace dos años.

ROMEO

(A un criado.) ¿Quién es aquella dama que enriquece la mano de aquel caballero?

CRIADO

No lo sé, señor.

ROMEO

¡Oh, ella enseña a las antorchas a arder con brillo!
Parece que cuelga de la mejilla de la noche
como una rica joya en la oreja de un etíope:
¡belleza demasiado rica para el uso, demasiado preciosa para la tierra!
Así luce una paloma nevada entre cuervos
como aquella dama sobre sus compañeras.
Terminada la danza, observaré dónde se coloca
y, tocando la suya, bendeciré mi tosca mano.
¿Amó mi corazón hasta ahora? ¡Abjúralo, vista!
Porque nunca vi verdadera belleza hasta esta noche.

TEOBALDO

Este, por su voz, debe ser un Montesco.
Tráeme mi estoque, muchacho. ¡Cómo! ¿se atreve el esclavo
a venir aquí, cubierto con un rostro grotesco,
a burlarse y escarnecer nuestra solemnidad?
Ahora, por la estirpe y el honor de mi familia,
matarlo no lo tengo por pecado.

CAPULETO

Vaya, ¿qué pasa, pariente? ¿Por qué se enfurece así?

TEOBALDO

Tío, este es un Montesco, nuestro enemigo;
un villano que ha venido aquí por despecho
a burlarse esta noche de nuestra solemnidad.

CAPULETO

¿Es el joven Romeo?

TEOBALDO

Es él, ese villano Romeo.

CAPULETO

Cálmate, gentil primo, déjalo en paz.
Se porta como un caballero distinguido,
y, a decir verdad, Verona se jacta de él
como de un joven virtuoso y bien educado.
No querría, por toda la riqueza de esta ciudad,
hacerle aquí, en mi casa, ningún agravio.
Así que ten paciencia, no le hagas caso.
Es mi voluntad; y si la respetas,
muestra buena presencia y deja ese ceño,
semblante que no conviene a una fiesta.

TEOBALDO

Conviene cuando un villano así es invitado.
No lo soportaré.

CAPULETO

Será soportado.
¿Qué, mozalbete? Digo que lo será. ¡Vamos!
¿Soy yo el amo aquí, o tú? ¡Vamos!
¿No lo soportarás? ¡Dios salve mi alma!
¡Armarás un motín entre mis invitados!
¡Te pondrás gallito! ¡Serás tú el hombre!

TEOBALDO

Vaya, tío, es una vergüenza.

CAPULETO

¡Vamos, vamos!
Eres un muchacho descarado. ¿De veras es así?
Esta treta podría perjudicarte. Sé lo que digo.
¡Tienes que contrariarme! Por la Virgen, ya es hora.
¡Bien dicho, mis corazones! Eres un mocoso; ¡vete!
Cálmate, o... ¡Más luz, más luz! ¡Qué vergüenza!
Te haré calmar; ¡qué! ¡Ánimo, mis corazones!

TEOBALDO

La paciencia forzada, encontrándose con la cólera obstinada,
hace temblar mi carne en su distinto saludo.
Me retiraré; pero esta intrusión, que ahora
parece dulce, se convertirá en la hiel más amarga.

Sale.

ROMEO

Si profano con mi mano indignísima
este santo altar, la dulce pena es esta:
mis labios, dos peregrinos que se ruborizan, están dispuestos
a suavizar ese toque rudo con un tierno beso.

JULIETA

Buen peregrino, a tu mano agravias demasiado,
que en esto muestra cortés devoción;
pues los santos tienen manos que tocan las manos de los peregrinos,
y palma con palma es el beso de los santos romeros.

ROMEO

¿No tienen labios los santos, y los santos romeros también?

JULIETA

Sí, peregrino, labios que deben usar en la oración.

ROMEO

¡Oh, entonces, santa querida, deja que los labios hagan lo que hacen las manos!
Rezan; concede, no sea que la fe se vuelva desesperación.

JULIETA

Los santos no se mueven, aunque concedan por amor a las plegarias.

ROMEO

Entonces no te muevas mientras recojo el efecto de mi plegaria.
Así por tus labios mis labios quedan purgados de pecado.
(La besa.)

JULIETA

Entonces mis labios tienen el pecado que han tomado.

ROMEO

¿Pecado de mis labios? ¡Oh, delito dulcemente instado!
Devuélveme mi pecado. *(La besa.)*

JULIETA

Besas según el libro.

AMA
Señora, su madre desea hablar una palabra con usted.

ROMEO
¿Quién es su madre?

AMA
Por la Virgen, joven soltero, su madre es la señora de la casa. Y una buena señora, y sabia y virtuosa. Yo crié a su hija, con quien usted hablaba. Le digo que el que pueda echarle mano tendrá los cuartos.

ROMEO
¿Es una Capuleto?
¡Oh cuenta cara! ¡Mi vida es deuda de mi enemigo!

BENVOLIO
Vete, vámonos; la fiesta está en su mejor momento.

ROMEO
Sí, eso temo; mayor es mi desasosiego.

CAPULETO
No, caballeros, no se preparen para irse; tenemos un banquete pequeño y tonto en camino. ¿Así es? Pues entonces, les agradezco a todos. Les agradezco, honrados caballeros. Buenas noches. ¡Más antorchas aquí! *(Salen los enmascarados.)* Vamos, pues, a la cama. Ah, amigo, por mi fe, se hace tarde; me voy a descansar.

Salen todos, salvo Julieta y el Ama.

JULIETA
Ven aquí, ama. ¿Quién es aquel caballero?

AMA
El hijo y heredero del viejo Tiberio.

JULIETA
¿Quién es el que sale ahora por la puerta?

AMA
Por la Virgen, creo que es el joven Petruchio.

JULIETA
¿Quién es el que sigue allí, que no quiso bailar?

AMA
No lo sé.

JULIETA
Ve a preguntar su nombre. Si está casado,
mi tumba será probablemente mi lecho de bodas.

AMA
Su nombre es Romeo, y es un Montesco, el único hijo de tu gran enemigo.

JULIETA
¡Mi único amor, nacido de mi único odio!
¡Visto demasiado pronto sin conocerlo, y conocido demasiado tarde!
Un nacimiento prodigioso de amor es para mí
que deba amar a un enemigo aborrecido.

AMA
¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

JULIETA
Una rima que acabo de aprender de uno con quien bailé.

Desde dentro, alguien llama: «Julieta».

AMA
¡Ya voy, ya voy! Vamos, vámonos; los forasteros se han ido todos.

Salen.

ACTO SEGUNDO

PRÓLOGO

Entra el Coro.

CORO

Ahora el viejo deseo yace en su lecho de muerte,
y el joven afecto se muere por ser su heredero;
aquella belleza por la que el amor gimió y quiso morir,
comparada con la tierna Julieta, ya no es bella.
Ahora Romeo es amado, y ama a su vez,
igualmente hechizado por el encanto de las miradas;
pero a su supuesto enemigo debe él quejarse,
y ella robar el dulce cebo del amor a los temibles anzuelos.
Por ser tenido por enemigo, no puede tener acceso
para exhalar los votos que los amantes suelen jurar,
y ella, igual de enamorada, tiene medios mucho menores
para encontrar a su nuevo amado en cualquier parte;
pero la pasión les presta poder, el tiempo medios, para encontrarse,
templando extremos con extrema dulzura.

Sale.

ESCENA I

Un callejón junto al muro del huerto de Capuleto. Entra Romeo, solo.

ROMEO

¿Puedo avanzar cuando mi corazón está aquí?
Vuelve atrás, tierra torpe, y halla tu centro.

Escala el muro y salta adentro.

Entran Benvolio y Mercucio.

BENVOLIO

¡Romeo! ¡Mi primo Romeo! ¡Romeo!

MERCUCIO

Es sabio,
y, por mi vida, se ha escabullido a casa a la cama.

BENVOLIO

Corrió por aquí y saltó el muro de este huerto.
Llama, buen Mercucio.

MERCUCIO

No, yo también conjuraré.
¡Romeo! ¡humores! ¡loco! ¡pasión! ¡enamorado!
¡Aparece en forma de suspiro;
di solo una rima, y quedo satisfecho!
¡Grita solo «¡Ay de mí!», pronuncia solo «amor» y «dolor»;
dile a mi comadre Venus una palabra amable,
un apodo para su hijo y heredero medio ciego,
el joven y rubio Cupido, el que tiró tan certero
cuando el rey Cofetua amó a la mendiga!
No oye, no se agita, no se mueve;
el mono está muerto, y debo conjurarlo.
Te conjuro por los brillantes ojos de Rosalina,
por su frente alta y su labio escarlata,
por su fino pie, su pierna recta y su muslo tembloroso,
y los dominios que ahí, vecinos, yacen,
¡para que aparezcas ante nosotros en tu forma!

BENVOLIO

Si te oye, lo vas a enfurecer.

MERCUCIO

Esto no puede enfurecerlo. Lo enfurecería
alzar un espíritu de naturaleza extraña en el círculo de su dama,
dejándolo allí plantado hasta que ella
lo hubiera apaciguado y conjurado de vuelta.
Eso sería una ofensa; mi invocación
es limpia y honesta: en nombre de su dama,
solo conjuro para alzarlo a él.

BENVOLIO

Vamos, se ha escondido entre estos árboles
para hacer compañía a la noche caprichosa.
Ciego es su amor y le conviene lo oscuro.

MERCUCIO

Si el amor es ciego, no puede dar en el blanco.
Ahora se sentará bajo un níspero
y deseará que su dama fuera esa clase de fruta
que las doncellas llaman nísperos cuando ríen a solas.
¡Oh, Romeo, ojalá ella fuera, ojalá fuera
un abierto etcétera, y tú una pera!
Romeo, buenas noches. Me voy a mi catre;
esta cama de campo es demasiado fría para dormir.
Vamos, ¿nos vamos?

BENVOLIO

Vamos, pues, que en vano
se busca aquí a quien no quiere ser hallado.

Salen.

ESCENA II

El huerto de Capuleto. Entra Romeo.

ROMEO

Se burla de las cicatrices quien nunca sintió una herida.

Julieta aparece arriba, en una ventana.

¡Pero silencio! ¿Qué luz se abre paso por aquella ventana?
¡Es el Oriente, y Julieta es el sol!
Levántate, sol hermoso, y mata a la envidiosa luna,
que ya está enferma y pálida de pena
porque tú, su doncella, eres mucho más bella que ella.
No seas su doncella, pues es envidiosa.
Su librea de vestal es solo enfermiza y verde,
y nadie sino los necios la visten. Despójate de ella.
¡Es mi dama; oh, es mi amor!
¡Oh, si ella supiera que lo es!
Habla, y sin embargo nada dice. ¿Qué importa?
Su ojo discurre; yo le responderé.
Soy demasiado atrevido; no es a mí a quien habla.
Dos de las estrellas más hermosas de todo el cielo,
teniendo algún asunto, ruegan a sus ojos
que titilen en sus esferas hasta que regresen.
¿Qué si sus ojos estuvieran allí, y ellas en su cabeza?
El brillo de su mejilla avergonzaría a esas estrellas
como la luz del día a una lámpara; sus ojos en el cielo
fluirían por la región del aire tan brillantes
que los pájaros cantarían, pensando que no es de noche.
¡Mira cómo apoya la mejilla en la mano!
¡Oh, si yo fuera un guante en esa mano,
para tocar esa mejilla!

JULIETA

¡Ay de mí!

ROMEO

Habla.
¡Oh, habla otra vez, ángel resplandeciente! Pues eres
tan glorioso para esta noche, estando sobre mi cabeza,
como un mensajero alado del cielo
para los ojos blancos, vueltos hacia arriba y asombrados,
de los mortales que se echan hacia atrás para mirarlo
cuando cabalga las nubes de lento andar
y navega sobre el seno del aire.

JULIETA

¡Oh Romeo, Romeo! ¿por qué eres Romeo?
¡Niega a tu padre y rechaza tu nombre!
O, si no quieres, júrame solo tu amor,
y yo ya no seré una Capuleto.

ROMEO

(Aparte.) ¿Sigo oyendo, o le hablo ahora?

JULIETA

Solo tu nombre es mi enemigo.
Tú eres tú mismo, aunque no fueras Montesco.
¿Qué es Montesco? No es mano, ni pie,
ni brazo, ni rostro, ni ninguna otra parte
que pertenezca a un hombre. ¡Oh, sé otro nombre!
¿Qué hay en un nombre? Eso que llamamos rosa,
con cualquier otro nombre olería igual de dulce.
Así Romeo, si no se llamara Romeo,
conservaría esa querida perfección que posee
sin ese título. Romeo, despójate de tu nombre;
y a cambio de ese nombre, que no es parte de ti,
toma todo mi ser.

ROMEO

Te tomo la palabra.
Llámame solo amor, y seré bautizado de nuevo;
de ahora en adelante nunca seré Romeo.

JULIETA

¿Quién eres tú que, así encubierto por la noche,
tropiezas con mi secreto?

ROMEO

Con un nombre
no sé cómo decirte quién soy.
Mi nombre, querida santa, me es odioso,
porque es un enemigo para ti.
Si lo tuviera escrito, rasgaría la palabra.

JULIETA

Mis oídos aún no han bebido cien palabras
de lo que esa lengua dice, y sin embargo conozco el sonido.
¿No eres Romeo, y un Montesco?

ROMEO

Ninguno de los dos, hermosa santa, si alguno te desagrada.

JULIETA

¿Cómo llegaste aquí, dime, y para qué?
Los muros del huerto son altos y difíciles de escalar,
y el lugar es la muerte, considerando quién eres,
si alguno de mis parientes te encuentra aquí.

ROMEO

Con las alas ligeras del amor salté estos muros;
porque los límites de piedra no pueden dejar fuera al amor,
y lo que el amor puede hacer, el amor se atreve a intentarlo.
Por eso tus parientes no son estorbo para mí.

JULIETA

Si te ven, te asesinarán.

ROMEO

¡Ay! más peligro hay en tu mirada
que en veinte de sus espadas. Con que me mires dulce,
estoy a prueba de su enemistad.

JULIETA

No querría por nada del mundo que te vieran aquí.

ROMEO

Tengo el manto de la noche para ocultarme de su vista;
y a menos que me ames, que me encuentren aquí.
Mejor sería que mi vida acabara por su odio
que una muerte aplazada, careciendo de tu amor.

JULIETA

¿Por indicación de quién encontraste este lugar?

ROMEO

Del amor, que primero me impulsó a preguntar.
Él me prestó consejo, y yo le presté ojos.
No soy piloto; mas, aunque estuvieras tan lejos
como aquella vasta costa bañada por el mar más lejano,
me aventuraría por tal mercancía.

JULIETA

Sabes que la máscara de la noche está en mi rostro;
si no, el rubor de una doncella pintaría mi mejilla
por lo que me has oído decir esta noche.
De buena gana me atendría a las formas; de buena gana negaría
lo que he dicho; pero ¡adiós, cumplidos!
¿Me amas? Sé que dirás «Sí»;
y yo te tomaré la palabra. Pero, si juras,
puedes resultar falso. De los perjurios de los amantes,
dicen que Júpiter se ríe. Oh, gentil Romeo,
si amas, pronúncialo con lealtad.
O si piensas que me he dejado ganar demasiado pronto,
frunciré el ceño, seré terca y te diré que no,
con tal de que me cortejes; pero si no, por nada del mundo.
A decir verdad, hermoso Montesco, soy demasiado tierna,
y por eso puedes pensar que mi conducta es ligera;
pero créeme, caballero, resultaré más sincera
que quienes tienen más astucia para fingir distancia.
Debí haber sido más esquiva, debo confesarlo,
pero tú oíste, antes de que yo lo supiera,
mi pasión de amor verdadero. Por eso perdóname,
y no atribuyas esta rendición a un amor ligero,
que la noche oscura así ha descubierto.

ROMEO

Señora, por aquella luna bendita juro,
que platea las copas de todos estos frutales...

JULIETA

¡Oh, no jures por la luna, la luna inconstante,
que cambia cada mes en su órbita circular,
no sea que tu amor resulte igualmente variable!

ROMEO

¿Por qué juraré?

JULIETA

No jures en absoluto;
o, si quieres, jura por tu persona graciosa,
que es el dios de mi idolatría,
y te creeré.

ROMEO

Si el querido amor de mi corazón...

JULIETA

Bien, no jures. Aunque me alegro de ti,
no me alegra este contrato de esta noche.
Es demasiado precipitado, demasiado imprudente,
demasiado repentino;
demasiado como el relámpago, que deja de ser
antes de que se pueda decir «Relampaguea». ¡Dulce,
buenas noches!
Este capullo de amor, con el aliento maduro del verano,
puede resultar una hermosa flor cuando nos veamos de
nuevo.
¡Buenas noches, buenas noches! ¡Que tan dulce descanso y
reposo
lleguen a tu corazón como el que hay en mi pecho!

ROMEO

¡Oh, ¿me dejarás así, insatisfecho?

JULIETA

¿Qué satisfacción puedes tener esta noche?

ROMEO

El intercambio del leal voto de tu amor por el mío.

JULIETA

Te di el mío antes de que lo pidieras; y sin embargo
quisiera tenerlo para darlo otra vez.

ROMEO

¿Querrías retirarlo? ¿Para qué, amor?

JULIETA

Solo para ser franca y dártelo otra vez.
Y sin embargo no deseo sino lo que tengo.
Mi generosidad es tan ilimitada como el mar,
mi amor tan hondo; cuanto más te doy,
más tengo, pues ambos son infinitos.
Oigo algún ruido dentro. ¡Querido amor, adiós!

El Ama llama desde dentro.

¡Ya voy, buena ama! Dulce Montesco, sé fiel.
Quédate un poquito, volveré.

Sale.

ROMEO

¡Oh noche bendita, bendita! Temo,
siendo de noche, que todo esto sea solo un sueño,
demasiado halagador y dulce para ser real.

Entra Julieta de nuevo, arriba.

JULIETA

Tres palabras, querido Romeo, y buenas noches de veras.
Si tu inclinación de amor es honorable,
tu propósito el matrimonio, mándame aviso mañana,
por uno que conseguiré que vaya a ti,
dónde y a qué hora cumplirás el rito;
y todas mis fortunas pondré a tus pies
y te seguiré, mi señor, por todo el mundo.

AMA

(Dentro.) ¡Señora!

JULIETA

Voy, enseguida. Pero si no tienes buena intención,
te ruego...

AMA

(Dentro.) ¡Señora!

JULIETA

Ya voy.
que ceses tu cortejo y me dejes con mi pena.
Mañana mandaré.

ROMEO

Así prospere mi alma...

JULIETA

¡Mil veces buenas noches!

Sale.

ROMEO

¡Mil veces peor, por faltarme tu luz!
El amor va hacia el amor como colegiales que dejan sus libros;
pero el amor lejos del amor, hacia la escuela con pesar.

Entra Julieta de nuevo, arriba.

JULIETA

¡Psst! ¡Romeo, psst! ¡Oh, por la voz de un halconero
para llamar de vuelta a este gentil halcón macho!
El cautiverio está ronco y no puede hablar en voz alta;
si no, rasgaría la cueva donde yace Eco
y haría su lengua de aire más ronca que la mía
de repetir el nombre de mi Romeo.
¡Romeo!

ROMEO

Es mi alma la que llama mi nombre.
¡Qué dulce de plata suenan las lenguas de los amantes de noche,
como la más suave música a oídos atentos!

JULIETA
¡Romeo!

ROMEO
¿Mi querida?

JULIETA
¿A qué hora mañana te mando aviso?

ROMEO
A la hora de las nueve.

JULIETA
No fallaré. Faltan veinte años hasta entonces. He olvidado por qué te llamé de vuelta.

ROMEO
Déjame estar aquí hasta que lo recuerdes.

JULIETA
Lo olvidaré, para que sigas ahí, recordando cuánto amo tu compañía.

ROMEO
Y yo me quedaré, para que sigas olvidando, olvidando cualquier otro hogar que no sea este.

JULIETA
Es casi de mañana. Querría que te fueras,
y sin embargo no más lejos que el pájaro de una caprichosa,
que lo deja saltar un poco de su mano,
como a un pobre preso en sus trabados grillos,
y con un hilo de seda lo jala de vuelta,
tan celosa y amante de su libertad.

ROMEO
Ojalá fuera tu pájaro.

JULIETA

Dulce, yo también querría.
Y sin embargo te mataría de tanto mimarte.
¡Buenas noches, buenas noches! Despedirse es una pena tan dulce
que diré buenas noches hasta que sea mañana.

Sale.

ROMEO

¡Que el sueño habite tus ojos, la paz tu pecho!
¡Ojalá yo fuera sueño y paz, que tan dulce es descansar!
De aquí iré a la celda de mi padre espiritual,
a pedir su ayuda y contarle mi dicha.

Sale.

ESCENA III

La celda de fray Lorenzo. Entra fray Lorenzo, solo, con una cesta.

FRAY LORENZO

La mañana de ojos grises sonríe a la noche ceñuda,
ajedrezando las nubes del Oriente con vetas de luz;
y la oscuridad moteada, como un borracho, se tambalea
fuera del camino del día y de las ruedas ardientes de Titán.
Ahora, antes de que el sol alce su ojo ardiente
para alegrar el día y secar el rocío húmedo de la noche,
debo llenar esta jaula de mimbre nuestra
de hierbas dañinas y flores de jugos preciosos.
La tierra, que es madre de la naturaleza, es su tumba;
lo que es su sepulcro, eso es su vientre;
y de su vientre hijos de diversas clases
hallamos mamando de su pecho natural;
muchos, por muchas virtudes excelentes,
ninguno sin alguna, y sin embargo todos distintos.
Oh, grande es la poderosa gracia que yace
en las plantas, las hierbas, las piedras y sus verdaderas cualidades;
pues nada hay tan vil que viva sobre la tierra
que no dé a la tierra algún bien especial,
ni nada tan bueno que, apartado de su buen uso,
no se rebele contra su origen, tropezando en el abuso.
La virtud misma se vuelve vicio, mal aplicada,
y el vicio a veces se dignifica por la acción.
Dentro de la tierna corteza de esta pequeña flor
habitan el veneno y el poder de la medicina:
pues olida, con su parte alegra cada parte;
gustada, mata todos los sentidos junto con el corazón.
Dos reyes tan opuestos acampan siempre
en el hombre como en las hierbas: la gracia y la voluntad ruda;
y donde el peor predomina,
muy pronto la peste de la muerte devora esa planta.

Entra Romeo.

ROMEO
Buenos días, padre.

FRAY LORENZO
¡Benedicite!
¿Qué lengua matinal y tan dulce me saluda?
Joven hijo, es señal de cabeza trastornada
dar tan pronto los buenos días a tu cama.
La inquietud vela en cada ojo de viejo,
y donde la inquietud se aloja, el sueño nunca yace;
pero donde la juventud intacta, de cerebro sin cargas,
acuesta sus miembros, allí reina el sueño dorado.
Por tanto tu madrugar me asegura
que te has levantado por alguna perturbación;
o si no es así, entonces acierto aquí de lleno:
nuestro Romeo no ha estado en cama esta noche.

ROMEO
Esto último es cierto; mi descanso fue más dulce.

FRAY LORENZO
¡Dios perdone el pecado! ¿Estuviste con Rosalina?

ROMEO
¿Con Rosalina, mi padre espiritual? No.
He olvidado ese nombre, y la pena de ese nombre.

FRAY LORENZO
¡Ese es mi buen hijo! Pero ¿dónde has estado entonces?

ROMEO

Te lo diré antes de que vuelvas a preguntármelo.
He estado festejando con mi enemigo,
donde de pronto me ha herido uno
al que yo he herido. Los remedios de ambos
están en tu ayuda y tu santa medicina.
No guardo odio, hombre bendito, pues, mira,
mi intercesión favorece igualmente a mi enemigo.

FRAY LORENZO

Sé claro, buen hijo, y llano en tu propósito;
confesión en acertijos halla absolución en acertijos.

ROMEO

Sabe, pues, claramente: el querido amor de mi corazón está puesto
en la hermosa hija del rico Capuleto;
como el mío en ella, así el suyo está puesto en mí,
y todo está unido, salvo lo que tú has de unir
por el santo matrimonio. Cuándo, y dónde, y cómo
nos vimos, nos cortejamos e intercambiamos votos,
te lo contaré de camino; pero esto te ruego:
que consientas en casarnos hoy.

FRAY LORENZO

¡Santo san Francisco! ¡Qué cambio es este!
¿Está Rosalina, a quien amabas tanto,
tan pronto abandonada? El amor de los jóvenes
no yace, entonces, en sus corazones, sino en sus ojos.
¡Jesús María! ¡Cuánta salmuera
ha lavado tus mejillas cetrinas por Rosalina!
¡Cuánta agua salada derrochada en vano
para sazonar un amor que no sabe a nada de ella!
El sol aún no despeja del cielo tus suspiros;
tus viejos gemidos aún resuenan en mis antiguos oídos.
Mira, aquí en tu mejilla se asienta la mancha
de una vieja lágrima que aún no se ha lavado.
Si alguna vez fuiste tú mismo y estas penas fueron tuyas,
tú y estas penas eran todo por Rosalina.
¿Y has cambiado? Pronuncia entonces esta sentencia:
las mujeres pueden caer si no hay fuerza en los hombres.

ROMEO

Me reprendías a menudo por amar a Rosalina.

FRAY LORENZO

Por chochear, no por amar, discípulo mío.

ROMEO

Y me mandabas enterrar el amor.

FRAY LORENZO

No en una tumba
para meter a uno y sacar a otro.

ROMEO

Te ruego que no me reprendas. Aquella a quien amo ahora
me da gracia por gracia y amor por amor.
La otra no hacía así.

FRAY LORENZO

Oh, ella sabía bien
que tu amor leía de memoria, sin saber deletrear.
Pero ven, joven vacilante, ven conmigo.
En un aspecto seré tu ayudante;
pues esta alianza puede resultar tan feliz
que vuelva en puro amor el rencor de vuestras casas.

ROMEO

¡Oh, vámonos! Me urge una prisa repentina.

FRAY LORENZO

Con prudencia y despacio. Tropiezan los que corren deprisa.

Salen.

ESCENA IV

Una calle. Entran Benvolio y Mercucio.

MERCUCIO

¿Dónde diablos andará este Romeo?
¿No volvió a casa esta noche?

BENVOLIO

No a casa de su padre. Hablé con su criado.

MERCUCIO

Pues esa misma muchacha pálida y de corazón duro, esa Rosalina,
lo atormenta tanto que seguro se volverá loco.

BENVOLIO

Teobaldo, el pariente del viejo Capuleto,
ha enviado una carta a casa de su padre.

MERCUCIO

Un desafío, por mi vida.

BENVOLIO
Romeo lo contestará.

MERCUCIO
Cualquier hombre que sepa escribir puede contestar una carta.

BENVOLIO
No, contestará al dueño de la carta, y cómo se atreve, al ser desafiado.

MERCUCIO
¡Ay, pobre Romeo, ya está muerto! Apuñalado por el ojo negro de una
moza blanca; atravesado el oído por una canción de amor; el mismo
centro de su corazón partido por la flecha roma del ciego muchacho
arquero; ¿y es hombre para enfrentarse a Teobaldo?

BENVOLIO
Pues ¿qué es Teobaldo?

MERCUCIO
Más que Príncipe de los Gatos, te lo aseguro. Oh, es el valeroso
capitán de los cumplidos. Pelea como cantas el contrapunto: guarda
el compás, la distancia y la proporción; me descansa su descanso
de mínima, ¡uno, dos, y el tercero en tu pecho! El mismo carnicero
de un botón de seda, ¡un duelista, un duelista! Un caballero de la
mismísima primera casa, de la primera y la segunda causa. ¡Ah, el
inmortal passado! ¡El punto reverso! ¡El hay!

BENVOLIO
¿El qué?

MERCUCIO
¡La peste de esos fantasiosos grotescos, ceceantes y afectados, esos
nuevos afinadores del acento! «¡Por Jesús, una buena espada! ¡Un
hombre muy alto! ¡Una muy buena puta!» Vaya, ¿no es lamentable,
abuelo, que nos aflijan estas moscas extrañas, estos modistas, estos
«perdóname», que se afanan tanto en la forma nueva que no pueden
sentarse a gusto en el viejo banco? ¡Oh, sus huesos, sus huesos!

Entra Romeo.

BENVOLIO
¡Aquí viene Romeo! ¡Aquí viene Romeo!

MERCUCIO

Sin sus huevas, como un arenque seco. ¡Oh carne, carne, cómo te has
vuelto pescado! Ahora es para los versos que Petrarca derramó.
Laura, junto a su dama, era solo una moza de cocina (aunque, a
fe mía, tenía mejor amante que la rimara), Dido una desaliñada,
Cleopatra una gitana, Elena y Hero unas zorras y rameras; Tisbe,
quizá, un ojo gris o así, pero no viene al caso. ¡Señor Romeo,
bon jour! Ese es un saludo francés para tus calzas francesas. Nos
diste anoche una buena falsificación.

ROMEO

Buenos días a los dos. ¿Qué falsificación os di?

MERCUCIO

El escape, señor, el escape. ¿No lo entendéis?

ROMEO

Perdón, buen Mercucio. Mi asunto era grande, y en un caso como el mío un hombre puede forzar la cortesía.

MERCUCIO

Eso es tanto como decir que un caso como el tuyo obliga a un hombre a doblar las corvas.

ROMEO

Es decir, a hacer una reverencia.

MERCUCIO

Lo has acertado con toda amabilidad.

ROMEO
Una exposición cortesísima.

MERCUCIO
No, yo soy el mismísimo clavel de la cortesía.

ROMEO
Clavel por flor.

MERCUCIO
Exacto.

ROMEO
Pues entonces mi zapatilla está bien florida.

MERCUCIO
Bien dicho. Sígueme esta broma hasta que hayas gastado tu zapatilla, para que, desgastada la suela sencilla, la broma quede, tras el desgaste, únicamente singular.

ROMEO
¡Oh broma de suela sencilla, únicamente singular por su sencillez!

MERCUCIO
Ponte entre nosotros, buen Benvolio. ¡Me flaquea el ingenio!

ROMEO
¡Espuelas y fustas, espuelas y fustas! O grito empate.

MERCUCIO
No, si nuestros ingenios corren la caza del ganso salvaje, estoy acabado; pues tú tienes más de ganso salvaje en uno de tus ingenios que yo, estoy seguro, en mis cinco enteros. ¿Estuve yo contigo en lo del ganso?

ROMEO
Nunca estuviste conmigo para nada si no estabas allí por lo del ganso.

MERCUCIO
Te morderé la oreja por esa broma.

ROMEO
No, buen ganso, ¡no muerdas!

MERCUCIO
Tu ingenio es una manzana muy amarga; es una salsa agudísima.

ROMEO
¿Y no está entonces bien servida con un ganso dulce?

MERCUCIO
¡Oh, he aquí un ingenio de cabritilla, que se estira de una pulgada de estrecho a una vara de ancho!

ROMEO
Lo estiro por esa palabra «ancho», que, añadida al ganso, prueba que eres a lo largo y a lo ancho un ganso ancho.

MERCUCIO
Vaya, ¿no es esto mejor ahora que gemir por amor? Ahora eres sociable, ahora eres Romeo; ahora eres lo que eres, por arte tanto como por naturaleza. Porque este amor babeante es como un gran bobo que anda correteando de un lado a otro para esconder su cascabel en un agujero.

BENVOLIO
¡Para ahí, para ahí!

MERCUCIO
Quieres que pare mi cuento a contrapelo.

BENVOLIO
Si no, lo habrías hecho largo.

MERCUCIO
Oh, te equivocas. Lo habría hecho corto; pues había llegado al fondo de mi cuento y no pensaba ocupar el argumento más tiempo.

ROMEO
¡Qué buen atavío!

Entran el Ama y su criado Pedro.

MERCUCIO
¡Una vela, una vela!

BENVOLIO
¡Dos, dos! Una camisa y una enagua.

AMA
¡Pedro!

PEDRO
Ya voy.

AMA
Mi abanico, Pedro.

MERCUCIO
Buen Pedro, para esconder su cara; pues su abanico es la cara más hermosa de las dos.

AMA
Dios os dé buenos días, caballeros.

MERCUCIO
Dios os dé buenas tardes, hermosa señora.

AMA
¿Son ya buenas tardes?

MERCUCIO
No menos, os lo aseguro; pues la mano obscena del reloj de sol está ya sobre el punto del mediodía.

AMA
¡Fuera con vos! ¡Qué hombre sois!

ROMEO
Uno, señora, que Dios hizo para sí mismo para estropearlo.

AMA
A fe mía, está bien dicho. «Para sí mismo para estropearlo», dice. Caballeros, ¿alguno de vosotros sabe decirme dónde puedo hallar al joven Romeo?

ROMEO
Yo puedo decíroslo; pero el joven Romeo será más viejo cuando lo hayáis hallado que cuando lo buscabais. Soy el más joven de ese nombre, a falta de uno peor.

AMA
Decís bien.

MERCUCIO
¿Sí? ¿Es bueno lo peor? Muy bien tomado, a fe. Sabio, sabio.

AMA
Si vos sois él, señor, deseo tener con vos una confidencia.

BENVOLIO
Lo va a convidar a alguna cena.

MERCUCIO
¡Una alcahueta, una alcahueta, una alcahueta! ¡Ah del monte!

ROMEO
¿Qué has hallado?

MERCUCIO
No una liebre, señor; a menos que sea una liebre, señor, en un pastel de cuaresma, que está algo rancia y enmohecida antes de acabarse.

Pasa junto a ellos cantando.

MERCUCIO
Una vieja liebre rancia,
y una vieja liebre rancia,
es muy buena carne en Cuaresma;
pero una liebre rancia
es demasiado para veinte
si se enmohece antes de acabarse.

Romeo, ¿vendrás a casa de tu padre? Iremos allí a comer.

ROMEO
Os seguiré.

MERCUCIO
Adiós, anciana señora. Adiós,

(canta)

señora, señora, señora.

Salen Mercucio y Benvolio.

AMA
A fe mía, adiós. Os ruego, señor, ¿qué mercader insolente era este, tan lleno de su bellaquería?

ROMEO
Un caballero, ama, que gusta de oírse hablar y dirá más en un minuto de lo que sostendrá en un mes.

AMA
Si habla algo contra mí, lo bajaré de su pedestal, aunque fuera más recio de lo que es, y veinte como él; y si no puedo, buscaré a quienes puedan. ¡Pícaro ruin! Yo no soy de sus muñecas; no soy de sus compañeras de daga. ¡Y tú te quedas ahí, y consientes que cada bribón me use a su gusto!

PEDRO
No vi a ningún hombre usaros a su gusto. Si lo hubiera visto, mi arma habría salido enseguida, os lo aseguro. Me atrevo a desenvainar tan pronto como otro, si veo ocasión en una buena pelea y la ley de mi lado.

AMA
Ahora, ante Dios, estoy tan enojada que me tiembla cada parte del cuerpo. ¡Pícaro ruin! Os ruego, señor, una palabra; y, como os dije, mi joven señora me mandó buscaros. Lo que me mandó decir lo guardaré para mí; pero antes dejad que os diga que, si la llevarais a un paraíso de tontos, como dicen, sería una conducta muy grosera, como dicen; pues la señorita es joven; y por tanto, si jugarais doble con ella, de veras sería cosa fea de ofrecer a cualquier señorita, y muy mal proceder.

ROMEO
Ama, encomiéndame a tu señora y ama. Te protesto...

AMA
Buen corazón, y a fe que se lo diré. ¡Señor, Señor! Será una mujer dichosa.

ROMEO
¿Qué le dirás, ama? No me estás atendiendo.

AMA
Le diré, señor, que protestáis, lo cual, según entiendo, es una oferta de caballero.

ROMEO
Dile que busque
algún modo de venir a confesarse esta tarde;
y allí, en la celda de fray Lorenzo,
será confesada y casada. Esto es por tus fatigas.

AMA
No, de verdad, señor; ni un céntimo.

ROMEO
¡Vamos! Digo que lo aceptarás.

AMA
¿Esta tarde, señor? Bien, allí estará.

ROMEO
Y espera, buena ama, tras el muro de la abadía.
Dentro de una hora mi criado estará contigo
y te traerá cuerdas hechas como escala de jarcias,
que hasta el alto mastelero de mi gozo
ha de ser mi guía en la noche secreta.
Adiós. Sé fiel, y te pagaré tus fatigas.
Adiós. Encomiéndame a tu señora.

AMA
Ahora Dios del cielo te bendiga. Oíd, señor.

ROMEO
¿Qué dices, mi querida ama?

AMA
¿Es vuestro criado reservado? ¿No habéis oído nunca decir:
dos pueden guardar un secreto, si uno se va?

ROMEO
Te garantizo que mi criado es leal como el acero.

AMA
Bien, señor, mi señora es la dama más dulce. ¡Señor, Señor! Cuando era una cosita parlanchina... Oh, hay un noble en la ciudad, un tal Paris, que de buena gana echaría el cuchillo al plato; pero ella, alma buena, tanto le daría ver un sapo, un sapo de verdad, que verlo a él. A veces la enfado, y le digo que Paris es el hombre más apuesto; pero os aseguro que, cuando lo digo, se pone tan pálida como cualquier trapo en el mundo entero. ¿No empiezan romero y Romeo con la misma letra?

ROMEO
Sí, ama; ¿y qué? Los dos con una R.

AMA
¡Ah, burlón! Ese es el nombre del perro. R es para el... No; sé que empieza con otra letra; y ella tiene la sentencia más bonita sobre eso, de vos y el romero, que os haría bien oírla.

ROMEO
Encomiéndame a tu señora.

AMA
Sí, mil veces.

Sale Romeo.

¡Pedro!

PEDRO
Ya voy.

AMA
Pedro, toma mi abanico y ve delante, y deprisa.

Salen.

ESCENA V

El huerto de Capuleto. Entra Julieta.

JULIETA

Las nueve daban cuando envié al ama;
en media hora prometió volver.
Quizá no pueda encontrarlo. No es eso.
Oh, es coja. Los heraldos del amor deberían ser
pensamientos,
que se deslizan diez veces más rápido que los rayos del sol
empujando las sombras sobre las colinas sombrías.
Por eso palomas de alas ligeras tiran del Amor,
y por eso el Cupido, veloz como el viento, tiene alas.
Ahora está el sol en la colina más alta
de la jornada de este día, y de las nueve a las doce
son tres largas horas; y aún no ha llegado.
Si tuviera afectos y sangre joven y cálida,
sería tan veloz en movimiento como una pelota;
mis palabras la lanzarían hacia mi dulce amor,
y las suyas hacia mí.
Pero los viejos, muchos fingen estar muertos:
torpes, lentos, pesados y pálidos como el plomo.

Entran el Ama y Pedro.

¡Oh Dios, ahí viene! Oh miel de ama, ¿qué noticias?
¿Te has encontrado con él? Despide a tu criado.

AMA

Pedro, espera en la puerta.

Sale Pedro.

JULIETA

Ahora, buena y dulce ama... ¡Oh Señor!, ¿por qué te ves triste?
Aunque las noticias sean tristes, dilas alegremente;
si son buenas, avergüenzas la música de las dulces noticias tocándomela con cara tan agria.

AMA

Estoy cansada, déjame un rato. ¡Uf, cómo me duelen los huesos! ¡Qué trote he llevado!

JULIETA

Ojalá tuvieras mis huesos, y yo tus noticias.
No, vamos, te ruego que hables. Buena, buena ama, habla.

AMA

¡Jesús, qué prisa! ¿No podéis esperar un poco? ¿No veis que estoy sin aliento?

JULIETA

¿Cómo estás sin aliento cuando tienes aliento
para decirme que estás sin aliento?
La excusa que das en esta demora
es más larga que el cuento que excusas.
¿Son buenas o malas tus noticias? Responde a eso.
Di una cosa u otra, y aguardaré los detalles.
Déjame satisfecha: ¿son buenas o malas?

AMA

Bien, habéis hecho una elección simple; no sabéis escoger a un hombre. ¿Romeo? No, ese no. Aunque su cara es mejor que la de cualquier hombre, su pierna supera a la de todos; y en cuanto a mano, y pie, y cuerpo, aunque no hay que hablar de ellos, son incomparables. No es la flor de la cortesía, pero os aseguro que es manso como un cordero. Anda tu camino, muchacha; sirve a Dios. Vaya, ¿habéis comido en casa?

JULIETA

No, no. Pero todo esto ya lo sabía. ¿Qué dice de nuestro matrimonio? ¿Qué de eso?

AMA

¡Señor, cómo me duele la cabeza! ¡Qué cabeza tengo!
Late como si fuera a caerse en veinte pedazos.
Y la espalda por el otro lado... ¡ay, mi espalda, mi espalda!
¡Maldito sea vuestro corazón por mandarme de aquí para allá
a coger mi muerte trotando arriba y abajo!

JULIETA

A fe mía, siento que no estés bien.
Dulce, dulce, dulce ama, dime, ¿qué dice mi amor?

AMA

Vuestro amor dice, como un honrado caballero, y cortés, y amable, y apuesto, y, os lo garantizo, virtuoso... ¿Dónde está vuestra madre?

JULIETA

¿Dónde está mi madre? Pues dentro.
¿Dónde habría de estar? ¡Qué rara es tu respuesta!
«Tu amor dice, como un honrado caballero:
"¿Dónde está vuestra madre?"»

AMA

¡Oh, Santa María querida!
¿Tan ardiente estáis? Vaya, vaya, ya veo.
¿Es este el emplasto para mis huesos doloridos?
De aquí en adelante, haced vuestros recados vos misma.

JULIETA

¡Qué alboroto! Vamos, ¿qué dice Romeo?

AMA

¿Tenéis permiso para ir a confesaros hoy?

JULIETA

Lo tengo.

AMA

Entonces corred a la celda de fray Lorenzo;
allí os espera un marido para haceros mujer.
Ahora sube la sangre traviesa a vuestras mejillas:
se pondrán de escarlata enseguida ante cualquier noticia.
Corred a la iglesia; yo he de ir por otro camino
a buscar una escala, por la cual vuestro amor
deberá trepar a un nido de pájaro en cuanto sea de noche.
Yo soy la bestia de carga y me afano para vuestro deleite;
pero vos llevaréis la carga pronto, esta noche.
Ve; yo iré a comer; corred a la celda.

JULIETA

Corro a la alta fortuna. Honrada ama, adiós.

Salen.

ESCENA VI

La celda de fray Lorenzo. Entran fray Lorenzo y Romeo.

FRAY LORENZO

Que sonrían así los cielos a este acto santo
para que las horas venideras no nos reprendan con pena.

ROMEO

¡Amén, amén! Pero venga la pena que pueda,
no podrá contrapesar el intercambio de gozo
que me da un solo breve minuto en su presencia.
Tú solo cierra nuestras manos con santas palabras,
y entonces que la muerte devoradora de amor haga lo que se atreva:
me basta con poder llamarla mía.

FRAY LORENZO

Estos deleites violentos tienen fines violentos
y en su triunfo mueren, como el fuego y la pólvora,
que, al besarse, se consumen. La miel más dulce
es repugnante en su propia delicia
y con el sabor confunde el apetito.
Por tanto ama con moderación: así dura el amor largo;
llegar muy deprisa es tan tarde como llegar muy despacio.

Entra Julieta.

Aquí viene la dama. Oh, un pie tan ligero
nunca gastará el eterno pedernal.
Un amante puede cabalgar la telaraña
que vaga en el aire travieso del verano
y sin embargo no caer; tan ligera es la vanidad.

JULIETA

Buenas tardes a mi confesor espiritual.

FRAY LORENZO

Romeo te dará las gracias, hija, por los dos.

JULIETA

Otro tanto a él; si no, sus gracias son demasiadas.

ROMEO

Ah, Julieta, si la medida de tu gozo
está colmada como la mía, y tu arte es mayor
para proclamarlo, entonces endulza con tu aliento
este aire vecino, y deja que la lengua de la rica música
despliegue la dicha imaginada que ambos
recibimos el uno del otro en este querido encuentro.

JULIETA

El concepto, más rico en sustancia que en palabras,
se jacta de su sustancia, no de su adorno.
Solo son mendigos los que pueden contar su caudal;
pero mi verdadero amor ha crecido hasta tal exceso
que no puedo sumar ni la mitad de mi riqueza.

FRAY LORENZO

Venid, venid conmigo, y haremos corta labor;
pues, con vuestro permiso, no os quedaréis solos
hasta que la Santa Iglesia incorpore dos en uno.

Salen.

ACTO TERCERO

ESCENA I

Un lugar público. Entran Mercucio, Benvolio y criados.

BENVOLIO

Te ruego, buen Mercucio, que nos retiremos.
El día es caluroso, los Capuletos andan fuera;
y si nos topamos, no escaparemos de una riña,
pues ahora, en estos días de calor, se agita la sangre loca.

MERCUCIO

Eres como uno de esos tipos que, al entrar en los confines de una taberna, planta su espada sobre la mesa y dice «¡Dios quiera que no te necesite!», y por la operación de la segunda copa la desenvaina contra el mozo, cuando en verdad no hay necesidad.

BENVOLIO

¿Soy yo como ese tipo?

MERCUCIO

Vamos, vamos, eres tan irascible de humor como cualquiera en Italia; y tan pronto movido a enfurruñarte, y tan pronto enfurruñado a moverte.

BENVOLIO

¿Y a qué?

MERCUCIO
No, si hubiera dos como tú, pronto no tendríamos ninguno, pues uno mataría al otro. ¡Tú! Vaya, tú pelearías con un hombre que tenga un pelo más o un pelo menos en la barba que tú. Pelearías con un hombre por cascar nueces, sin otra razón que tener tú los ojos color avellana. ¿Qué ojo sino uno así descubriría tal pendencia? Tu cabeza está tan llena de pendencias como un huevo lo está de carne; y sin embargo tu cabeza ha sido golpeada hasta quedar huera como un huevo por pelear. Has peleado con un hombre por toser en la calle, porque despertó a tu perro que dormía al sol. ¿No te enemistaste con un sastre por llevar su jubón nuevo antes de Pascua, y con otro por atarse los zapatos nuevos con una cinta vieja? ¡Y sin embargo quieres enseñarme a mí a no pelear!

BENVOLIO
Si yo fuera tan dado a pelear como tú, cualquiera podría comprar el pleno dominio de mi vida por hora y cuarto.

MERCUCIO
¿El pleno dominio? ¡Oh, simple!

Entran Teobaldo y otros.

BENVOLIO
Por mi cabeza, aquí vienen los Capuletos.

MERCUCIO
Por mi talón, no me importa.

TEOBALDO
Seguidme de cerca, que voy a hablarles.
Caballeros, buenas tardes. Una palabra con uno de vosotros.

MERCUCIO

¿Y solo una palabra con uno de nosotros?
Acompáñala de algo: que sea una palabra y un golpe.

TEOBALDO

Me hallaréis bien dispuesto a eso, señor, si me dais ocasión.

MERCUCIO

¿No podríais tomar alguna ocasión sin que os la den?

TEOBALDO

Mercucio, tú te juntas con Romeo.

MERCUCIO

¿Juntas? ¿Cómo, nos tomas por músicos? Si haces de nosotros músicos, no esperes oír sino discordias. Aquí está mi arco de violín; este es el que te hará bailar. ¡Voto a tal, juntas!

BENVOLIO

Hablamos aquí en el lugar de reunión público de los hombres.
O bien retiraos a algún sitio privado
y razonad fríamente vuestros agravios,
o bien marchaos. Aquí todos los ojos nos miran.

MERCUCIO

Los ojos de los hombres se hicieron para mirar; que miren.
No me moveré por el gusto de ningún hombre.

Entra Romeo.

TEOBALDO

Bien, que la paz sea con vos, señor. Aquí viene mi hombre.

MERCUCIO

Que me cuelguen, señor, si lleva vuestra librea. En verdad, id delante al campo, ¡y os seguirá! En ese sentido vuestra merced puede llamarlo «hombre».

TEOBALDO

Romeo, el amor que te tengo no puede permitirse
mejor término que este: eres un villano.

ROMEO

Teobaldo, la razón que tengo para amarte
excusa mucho la rabia que corresponde
a tal saludo. Villano no soy.
Por tanto, adiós. Veo que no me conoces.

TEOBALDO

Muchacho, esto no excusará los agravios
que me has hecho; por tanto vuélvete y desenvaina.

ROMEO

Protesto que nunca te agravié,
sino que te amo más de lo que puedes imaginar
hasta que sepas la razón de mi amor;
y así, buen Capuleto, nombre que estimo
tan caro como el mío, date por satisfecho.

MERCUCIO

¡Oh calmada, deshonrosa, vil sumisión!
Alla stoccata se lleva el premio.

Desenvaina.

Teobaldo, cazarratas, ¿quieres dar un paseo?

TEOBALDO

¿Qué quieres de mí?

MERCUCIO

Buen Rey de los Gatos, nada más que una de tus nueve vidas. Esa pienso tomarme la libertad de tomar, y, según me trates después, zurrar a las otras ocho. ¿Sacarás tu espada de su vaina tirándola de las orejas? Date prisa, no sea que la mía te zumbe en las orejas antes de que salga.

TEOBALDO

Estoy a tu servicio.

Desenvaina.

ROMEO

Gentil Mercucio, guarda tu estoque.

MERCUCIO

Vamos, señor, ¡vuestro passado!

Se baten.

ROMEO

Desenvaina, Benvolio; abatamos sus armas.
¡Caballeros, qué vergüenza! ¡Cesad este ultraje!
Teobaldo, Mercucio, el Príncipe ha prohibido
expresamente estos choques en las calles de Verona.
¡Alto, Teobaldo! ¡Buen Mercucio!

Teobaldo, por debajo del brazo de Romeo, hiere a Mercucio y huye con sus seguidores.

MERCUCIO

Estoy herido.
¡Peste a las dos casas! Estoy despachado.
¿Se ha ido y no se lleva nada?

BENVOLIO

¿Cómo, estás herido?

MERCUCIO
Sí, sí, un arañazo, un arañazo. Por mi fe, basta. ¿Dónde está mi paje? Anda, pícaro, trae a un cirujano.

Sale el Paje.

ROMEO
Ánimo, hombre. La herida no puede ser mucha.

MERCUCIO
No, no es tan honda como un pozo ni tan ancha como la puerta de una iglesia; pero basta, servirá. Preguntad por mí mañana y me hallaréis un hombre sepulcral. Estoy bien salpimentado para este mundo, os lo garantizo. ¡Peste a las dos casas! ¡Voto a tal, un perro, una rata, un ratón, un gato, para arañar a un hombre hasta la muerte! ¡Un fanfarrón, un bribón, un villano, que pelea por el libro de aritmética! ¿Por qué diablos os metisteis entre nosotros? Me hirieron por debajo de tu brazo.

ROMEO
Pensé que era lo mejor.

MERCUCIO
Ayúdame a entrar en alguna casa, Benvolio,
o me desmayaré. ¡Peste a las dos casas!
Han hecho de mí comida de gusanos. Lo tengo,
y bien tenido. ¡Vuestras casas!

Sale, sostenido por Benvolio.

ROMEO

Este caballero, pariente cercano del Príncipe,
mi amigo de verdad, ha recibido esta herida mortal
en defensa mía; mi reputación manchada
por la calumnia de Teobaldo; Teobaldo, que hace una hora
es mi pariente. Oh dulce Julieta,
tu belleza me ha vuelto afeminado
y en mi temple ha ablandado el acero del valor.

Entra Benvolio.

BENVOLIO

¡Oh Romeo, Romeo, el bravo Mercucio ha muerto!
Aquel espíritu gallardo ha subido a las nubes,
que demasiado pronto aquí despreció la tierra.

ROMEO

El negro destino de este día pende de más días;
esto solo comienza la desdicha que otros han de acabar.

Entra Teobaldo.

BENVOLIO

Aquí vuelve el furioso Teobaldo.

ROMEO

¿Vivo y en triunfo, y Mercucio muerto?
¡Al cielo con la prudente clemencia,
y que la furia de ojos de fuego sea ahora mi guía!
Ahora, Teobaldo, tómate de vuelta el «villano»
que hace poco me diste; pues el alma de Mercucio
está solo un poco por encima de nuestras cabezas,
esperando la tuya para hacerle compañía.
O tú o yo, o los dos, hemos de ir con él.

TEOBALDO

Tú, miserable muchacho, que te juntabas con él aquí,
irás con él de aquí.

ROMEO

Esto lo decidirá.

Se baten. Teobaldo cae.

BENVOLIO

¡Romeo, huye, vete!
Los ciudadanos se alzan y Teobaldo ha muerto.
No te quedes pasmado. El Príncipe te condenará a muerte
si te prenden. ¡Fuera, vete, huye!

ROMEO

¡Oh, soy el juguete de la fortuna!

BENVOLIO

¿Por qué te quedas?

Sale Romeo. Entran Ciudadanos.

CIUDADANO

¿Por dónde huyó el que mató a Mercucio?
Teobaldo, ese asesino, ¿por dónde huyó?

BENVOLIO

Ahí yace ese Teobaldo.

CIUDADANO

Arriba, señor, venid conmigo.
Os lo mando en nombre del Príncipe: obedeced.

Entran el Príncipe con séquito, el viejo Montesco, Capuleto, sus esposas y otros.

PRÍNCIPE

¿Dónde están los viles iniciadores de esta reyerta?

BENVOLIO

¡Oh noble Príncipe! Yo puedo descubrir todo
el desdichado manejo de esta fatal riña.
Ahí yace el hombre, muerto por el joven Romeo,
que mató a tu pariente, el bravo Mercucio.

SEÑORA CAPULETO

¡Teobaldo, mi sobrino! ¡Oh, el hijo de mi hermano!
¡Oh Príncipe! ¡Oh esposo! ¡Oh, se ha derramado la sangre de mi querido pariente! Príncipe, si eres justo,
por sangre nuestra derramada, derrama sangre de Montesco.
¡Oh sobrino, sobrino!

PRÍNCIPE

Benvolio, ¿quién empezó esta sangrienta riña?

BENVOLIO

Teobaldo, aquí muerto, a quien la mano de Romeo detuvo.
Romeo, que le habló con cortesía, le pidió que considerase
cuán fútil era la querella, y le instó además
con vuestro alto desagrado. Todo esto, dicho
con aliento suave, mirada calma y las rodillas humildemente dobladas,
no pudo obtener tregua del díscolo humor
de Teobaldo, sordo a la paz, que arremete
con acero penetrante contra el pecho del osado Mercucio;
el cual, igual de ardiente, vuelve punta mortal contra punta,
y con marcial desdén, con una mano aparta
la fría muerte y con la otra la devuelve
a Teobaldo, cuya destreza
la rechaza. Romeo grita en alto:
«¡Alto, amigos! ¡Amigos, separaos!», y más veloz que su lengua
su brazo ágil abate sus puntas fatales
y se lanza entre ambos; por debajo de cuyo brazo
una estocada envidiosa de Teobaldo alcanzó la vida
del recio Mercucio, y luego Teobaldo huyó;
pero poco después vuelve contra Romeo,
que apenas acababa de acoger la venganza,
y a ello van como el rayo; pues antes de que yo
pudiera desenvainar para separarlos, el recio Teobaldo cayó muerto;
y, al caer, Romeo se volvió y huyó.
Esta es la verdad, o que muera Benvolio.

SEÑORA CAPULETO

Es pariente de los Montescos;
el afecto lo hace falso, no dice la verdad.
Unos veinte de ellos pelearon en esta negra contienda,
y esos veinte no pudieron sino matar una vida.
Pido justicia, que tú, Príncipe, debes dar.
Romeo mató a Teobaldo; Romeo no debe vivir.

PRÍNCIPE

Romeo lo mató; él mató a Mercucio.
¿Quién debe ahora el precio de su querida sangre?

MONTESCO

No Romeo, Príncipe; era amigo de Mercucio;
su falta solo concluye lo que la ley debía acabar:
la vida de Teobaldo.

PRÍNCIPE

Y por esa ofensa
lo desterramos de aquí de inmediato.
Tengo un interés en el curso de vuestro odio:
mi sangre yace sangrando por vuestras rudas riñas;
pero os castigaré con una multa tan fuerte
que todos os arrepentiréis de la pérdida de la mía.
Seré sordo a ruegos y excusas;
ni lágrimas ni plegarias comprarán el perdón de los abusos.
Por tanto no uséis ninguna. Que Romeo se vaya deprisa,
si no, cuando lo hallen, esa hora será la última.
Llevaos de aquí este cuerpo y atended a nuestra voluntad.
La clemencia solo asesina, perdonando a los que matan.

Salen.

ESCENA II

El huerto de Capuleto. Entra Julieta, sola.

JULIETA

¡Galopad veloces, corceles de pies de fuego,
hacia la morada de Febo! Un auriga
como Faetón os azotaría hacia Occidente
y traería enseguida la noche nubosa.
Extiende tu cortina espesa, noche que sirves al amor,
para que los ojos fugitivos se cierren y Romeo
salte a estos brazos sin ser mencionado ni visto.
Los amantes pueden ver para cumplir sus ritos amorosos
por su propia belleza; o, si el amor es ciego,
conviene mejor con la noche. Ven, noche cortés,
matrona de sobrio atuendo, toda de negro,
y enséñame a perder una partida ganadora,
jugada por un par de virginidades sin mancha.
Cubre mi sangre indómita, que se agita en mis mejillas,
con tu manto negro, hasta que el amor extraño, hecho atrevido,
piense que el amor verdadero fue simple pudor.
Ven, noche; ven, Romeo; ven, tú, día en la noche;
pues yacerás sobre las alas de la noche
más blanco que nieve nueva sobre el lomo de un cuervo.
Ven, noche gentil; ven, noche amorosa, de negras cejas;
dame a mi Romeo; y, cuando él muera,
tómalo y córtalo en estrellitas,
y él hará tan fino el rostro del cielo
que todo el mundo se enamorará de la noche
y no rendirá culto al sol chillón.
Oh, he comprado la mansión de un amor,
pero no la poseo; y aunque me he vendido,
aún no he sido disfrutada. Tan tedioso es este día
como la noche antes de una fiesta
para una niña impaciente que tiene vestidos nuevos
y no puede ponérselos. Oh, aquí viene mi ama,

Entra el Ama, con las cuerdas.

y trae noticias; y toda lengua que pronuncia
solo el nombre de Romeo habla con elocuencia celestial.
Ahora, ama, ¿qué noticias? ¿Qué tienes ahí? ¿Las cuerdas
que Romeo te mandó buscar?

AMA

Sí, sí, las cuerdas.

Las arroja al suelo.

JULIETA

¡Ay de mí! ¿Qué noticias? ¿Por qué te retuerces las manos?

AMA

¡Ay, desdichado día! ¡Ha muerto, ha muerto, ha muerto!
¡Estamos perdidas, señora, estamos perdidas! ¡Ay del día!
¡Se ha ido, lo han matado, ha muerto!

JULIETA

¿Puede el cielo ser tan envidioso?

AMA

Romeo puede,
aunque el cielo no pueda. ¡Oh Romeo, Romeo!
¿Quién lo habría pensado nunca? ¡Romeo!

JULIETA

¿Qué demonio eres tú que me atormentas así?
Esta tortura debería rugirse en el infierno lúgubre.
¿Se ha matado Romeo? Di tú solo «Sí»,
y esa simple vocal «Sí» envenenará más
que el ojo mortífero del basilisco.
Yo no soy yo, si existe tal «Sí»;
o se cierran esos ojos que te hacen responder «sí».
Si está muerto, di «sí»; y si no, «no».
Breves sonidos deciden mi dicha o mi desdicha.

AMA

Vi la herida, la vi con mis ojos
(¡Dios guarde la señal!) aquí en su pecho varonil.
Un cadáver lastimoso, un cadáver sangriento y lastimoso;
pálido, pálido como la ceniza, todo manchado de sangre,
todo en sangre coagulada. Me desmayé al verlo.

JULIETA

¡Oh, rómpete, corazón! ¡Pobre quebrado, rómpete de una vez!
A prisión, ojos; ¡nunca miréis la libertad!
Tierra vil, a la tierra entrégate; acabe aquí el movimiento,
¡y tú y Romeo cargad un mismo pesado féretro!

AMA

¡Oh Teobaldo, Teobaldo, el mejor amigo que tuve!
¡Oh cortés Teobaldo! ¡Caballero honrado,
que viviera yo para verte muerto!

JULIETA

¿Qué tormenta es esta que sopla en sentido contrario?
¿Está Romeo asesinado y Teobaldo muerto?
¿Mi primo tan querido y mi más querido señor?
¡Entonces, trompeta espantosa, toca el juicio final!
Pues ¿quién vive, si esos dos se han ido?

AMA

Teobaldo se ha ido, y Romeo desterrado;
Romeo, que lo mató, está desterrado.

JULIETA

¡Oh Dios! ¿La mano de Romeo derramó la sangre de Teobaldo?

AMA

¡Sí, sí! ¡Ay del día, sí!

JULIETA

¡Oh corazón de serpiente, oculto tras un rostro florido!
¿Guardó jamás un dragón una cueva tan hermosa?
¡Tirano hermoso! ¡Demonio angelical!
¡Cuervo de plumas de paloma! ¡Cordero de voracidad de lobo!
¡Sustancia despreciable de apariencia divinísima!
¡Justo opuesto de lo que justamente pareces:
santo condenado, villano honorable!
Oh naturaleza, ¿qué tenías que hacer en el infierno
cuando alojaste el espíritu de un demonio
en el paraíso mortal de tan dulce carne?
¿Hubo jamás libro que contuviera materia tan vil
tan bellamente encuadernado? Oh, ¡que el engaño habite
en un palacio tan magnífico!

AMA

No hay confianza,
ni fe, ni honradez en los hombres; todos perjuros,
todos falsos, todos malos, todos fingidores.
Ay, ¿dónde está mi criado? Dadme un poco de aguardiente.
Estas penas, estas desdichas, estos pesares me envejecen.
¡Vergüenza caiga sobre Romeo!

JULIETA

¡Que se te llene de ampollas la lengua
por tal deseo! No nació para la vergüenza.
Sobre su frente la vergüenza se avergüenza de sentarse;
pues es un trono donde el honor puede ser coronado
monarca único de toda la tierra.
¡Oh, qué bestia fui al reñirle!

AMA

¿Hablaréis bien del que mató a vuestro primo?

JULIETA

¿Hablaré mal del que es mi esposo?
Ay, pobre señor mío, ¿qué lengua suavizará tu nombre
cuando yo, tu esposa de tres horas, lo he mutilado?
Pero ¿por qué, villano, mataste a mi primo?
Ese primo villano habría matado a mi esposo.
Atrás, lágrimas necias, volved a vuestra fuente natal.
Vuestras gotas tributarias pertenecen a la pena,
y vosotras, equivocadas, las ofrecéis a la alegría.
Mi esposo vive, a quien Teobaldo habría matado;
y Teobaldo ha muerto, que habría matado a mi esposo.
Todo esto es consuelo; ¿por qué lloro entonces?
Hubo una palabra, peor que la muerte de Teobaldo,
que me asesinó. De buena gana la olvidaría;
pero, oh, se aprieta en mi memoria
como las acciones culpables y malditas en la mente de los pecadores.
«Teobaldo ha muerto, y Romeo... desterrado.»
Ese «desterrado», esa sola palabra «desterrado»,
ha matado a diez mil Teobaldos. La muerte de Teobaldo
era pena suficiente, si ahí hubiera acabado;
o, si la agria pena se deleita en compañía
y por fuerza quiere alinearse con otros dolores,
¿por qué no siguió, cuando ella dijo «Teobaldo ha muerto»,
tu padre, o tu madre, o incluso ambos,
lo que habría movido a un duelo corriente?
Pero con retaguardia que sigue a la muerte de Teobaldo,
«Romeo está desterrado»: pronunciar esa palabra
es padre, madre, Teobaldo, Romeo, Julieta,
todos muertos, todos muertos. «Romeo está desterrado»:
no hay fin, ni límite, ni medida, ni confín
en la muerte de esa palabra; ninguna palabra puede
sondear esa pena.
¿Dónde están mi padre y mi madre, ama?

AMA

Llorando y lamentándose sobre el cadáver de Teobaldo.
¿Queréis ir con ellos? Os llevaré allí.

JULIETA

¿Lavan sus heridas con lágrimas? Las mías se gastarán,
cuando las suyas se sequen, por el destierro de Romeo.
Recoge esas cuerdas. Pobres sogas, estáis engañadas,
vosotras y yo, pues Romeo está desterrado.
Él os hizo camino real hasta mi lecho;
pero yo, doncella, muero viuda doncella.
Venid, cuerdas; ven, ama. Iré a mi lecho nupcial;
¡y que la muerte, no Romeo, tome mi doncellez!

AMA

Corred a vuestra alcoba. Yo buscaré a Romeo
para consolaros. Bien sé dónde está.
Oíd, vuestro Romeo vendrá esta noche.
Iré a él; está escondido en la celda de Lorenzo.

JULIETA

¡Oh, búscalo! Dale este anillo a mi fiel caballero
y dile que venga a tomar su último adiós.

Salen.

ESCENA III

La celda de fray Lorenzo. Entra fray Lorenzo.

FRAY LORENZO

Romeo, sal; sal, hombre temeroso.
La aflicción está enamorada de tus prendas
y tú estás casado con la calamidad.

Entra Romeo.

ROMEO

Padre, ¿qué noticias? ¿Cuál es la sentencia del Príncipe?
¿Qué pena pide trato conmigo
que yo aún no conozca?

FRAY LORENZO

Demasiado familiar
es mi querido hijo con tan agria compañía.
Te traigo la noticia de la sentencia del Príncipe.

ROMEO

¿Qué puede ser menos que el día del juicio la sentencia del Príncipe?

FRAY LORENZO

Un juicio más suave salió de sus labios:
no la muerte del cuerpo, sino el destierro del cuerpo.

ROMEO

¡Ja!, ¿destierro? Sé misericordioso, di «muerte»;
pues el exilio tiene más terror en su aspecto,
mucho más que la muerte. No digas «destierro».

FRAY LORENZO

De Verona estás desterrado.
Ten paciencia, pues el mundo es ancho y vasto.

ROMEO

No hay mundo fuera de los muros de Verona,
sino purgatorio, tortura, el infierno mismo.
Por tanto, desterrado de aquí es desterrado del mundo,
y el exilio del mundo es la muerte. Luego «destierro»
es la muerte mal nombrada. Llamando «destierro» a la muerte,
me cortas la cabeza con un hacha de oro
y sonríes al golpe que me asesina.

FRAY LORENZO

¡Oh pecado mortal! ¡Oh rudeza de ingratitud!
Tu falta nuestra ley la llama muerte; mas el bondadoso Príncipe,
tomando tu parte, ha apartado la ley
y ha vuelto esa negra palabra, muerte, en destierro.
Esto es amada misericordia, y tú no la ves.

ROMEO

Es tortura, y no misericordia. El cielo está aquí,
donde vive Julieta; y todo gato y perro
y ratoncillo, toda cosa indigna,
vive aquí en el cielo y puede mirarla;
pero Romeo no puede. Más validez,
más honorable estado, más cortejo tienen
las moscas de carroña que Romeo. Pueden posarse
sobre la blanca maravilla de la mano de la querida Julieta
y robar bendición inmortal de sus labios,
que, aun en pura y vestal modestia,
se sonrojan siempre, como si creyeran pecado sus propios besos;
pero Romeo no puede: está desterrado.
Esto pueden hacerlo las moscas, cuando yo de aquí he de huir;
ellas son hombres libres, pero yo estoy desterrado.
¿Y aún dices que el exilio no es la muerte?
¿No tenías veneno mezclado, ni cuchillo bien afilado,
ni medio súbito de muerte, por ruin que fuera,
sino «desterrado» para matarme: «desterrado»?
Oh fraile, los condenados usan esa palabra en el infierno;
¡el aullido la acompaña! ¿Cómo tienes corazón,
siendo un teólogo, un confesor espiritual,
un absolvedor de pecados y mi amigo declarado,
para destrozarme con esa palabra «desterrado»?

FRAY LORENZO
Loco insensato, escúchame un poco.

ROMEO
Oh, vas a hablar otra vez del destierro.

FRAY LORENZO
Te daré armadura para rechazar esa palabra:
la dulce leche de la adversidad, la filosofía,
para consolarte, aunque estés desterrado.

ROMEO
¿Otra vez «desterrado»? ¡Cuelga la filosofía!
A menos que la filosofía pueda hacer una Julieta,
trasplantar una ciudad, revertir la sentencia de un príncipe,
no ayuda, no sirve. No hables más.

FRAY LORENZO
Oh, ya veo entonces que los locos no tienen oídos.

ROMEO
¿Cómo habrían de tenerlos, si los sabios no tienen ojos?

FRAY LORENZO
Déjame discutir contigo de tu situación.

ROMEO
No puedes hablar de lo que no sientes.
Si fueras tan joven como yo, Julieta tu amor,
casado hace apenas una hora, Teobaldo asesinado,
chiflado como yo, y como yo desterrado,
entonces podrías hablar, entonces podrías arrancarte el pelo
y caer al suelo, como hago yo ahora,
tomando la medida de una tumba sin cavar.

Llaman dentro.

FRAY LORENZO
Levántate; llaman. Buen Romeo, escóndete.

ROMEO
Yo no; a menos que el aliento de gemidos de un corazón enfermo,
como bruma, me envuelva y me oculte de la búsqueda de los ojos.

Llaman.

FRAY LORENZO
¡Oíd cómo llaman! ¿Quién es? Romeo, levántate;
te van a prender. ¡Esperad un momento! Ponte en pie.

Llaman.

Corre a mi estudio. ¡Ya voy! ¡Voluntad de Dios,
qué simpleza es esta! Voy, voy.

Llaman.

¿Quién llama tan fuerte? ¿De dónde venís? ¿Qué queréis?

AMA
(Dentro.) Dejadme entrar y sabréis mi recado. Vengo de parte de la señora Julieta.

FRAY LORENZO
Bienvenida entonces.

Entra el Ama.

AMA
¡Oh santo fraile, oh, decidme, santo fraile,
dónde está el señor de mi señora, dónde está Romeo!

FRAY LORENZO
Allí en el suelo, embriagado de sus propias lágrimas.

AMA

¡Oh, está justo en el caso de mi señora,
justo en su caso!

FRAY LORENZO

¡Oh simpatía desdichada!
¡Trance lastimoso!

AMA

Así yace ella,
lloriqueando y llorando, llorando y lloriqueando.
¡Levantaos, levantaos! Poneos en pie, si sois un hombre.
Por Julieta, por ella, ¡levantaos y en pie!
¿Por qué caer en una O tan honda?

ROMEO

(Se levanta.) Ama...

AMA

¡Ay señor! ¡Ay señor! Bien, la muerte es el fin de todo.

ROMEO

¿Hablaste de Julieta? ¿Cómo está ella?
¿No me cree un viejo asesino,
ahora que he manchado la infancia de nuestro gozo
con sangre poco alejada de la suya?
¿Dónde está? ¿Y cómo está? ¿Y qué dice
mi dama secreta de nuestro amor anulado?

AMA

Oh, no dice nada, señor, sino llora y llora;
y ahora cae sobre su cama, y luego se sobresalta,
y llama a Teobaldo; y luego clama por Romeo,
y luego vuelve a caer.

ROMEO

Como si ese nombre,
disparado desde la mira mortal de un arcabuz,
la hubiera asesinado; como esa mano maldita del nombre
asesinó a su primo. Oh, dime, fraile, dime,
¿en qué parte vil de esta anatomía
se aloja mi nombre? Dímelo, para que saquee
la odiosa mansión.

Desenvaina su daga.

FRAY LORENZO

Detén tu mano desesperada.
¿Eres un hombre? Tu forma grita que lo eres;
tus lágrimas son de mujer, tus actos salvajes denotan
la furia irracional de una bestia.
¡Mujer indecorosa en un hombre aparente!
¡O bestia mal avenida con ambos aspectos!
Me has asombrado. Por mi santa orden,
creía mejor templado tu carácter.
¿Has matado a Teobaldo? ¿Vas a matarte tú?
¿Y a matar a tu dama, que vive en tu vida,
haciéndote a ti mismo un odio condenado?
¿Por qué maldices tu nacimiento, el cielo y la tierra?
Pues nacimiento, cielo y tierra, los tres se encuentran
en ti a la vez; y tú los perderías a la vez.
Vergüenza, vergüenza: avergüenzas tu figura, tu amor, tu ingenio,
que, como un usurero, abundas en todo
y no empleas ninguno en el verdadero uso
que debería adornar tu figura, tu amor, tu ingenio.
Tu noble figura no es sino un molde de cera
que se aparta del valor de un hombre;
tu querido amor jurado, un hueco perjurio,
que mata el amor que habías jurado cuidar;
tu ingenio, adorno de figura y de amor,
deformado en la conducción de ambos,
como la pólvora en la bolsa de un soldado inexperto,
es incendiado por tu propia ignorancia,
y tú, desmembrado con tu propia defensa.
¡Vamos, despierta, hombre! Tu Julieta vive,
por cuya querida causa estabas hace poco muerto.
En eso eres feliz. Teobaldo te mataría,
pero tú mataste a Teobaldo. En eso eres feliz también.
La ley, que amenazaba con muerte, se hace tu amiga

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

y la vuelve exilio. En eso eres feliz.
Un montón de bendiciones cae sobre tu espalda;
la dicha te corteja en su mejor atavío;
pero, como una moza malcriada y hosca,
haces mohín a tu fortuna y a tu amor.
Ten cuidado, ten cuidado, que esos mueren desdichados.
Ve a tu amor, como estaba decidido,
sube a su alcoba, ve y consuélala.
Pero cuida de no quedarte hasta que se monte la ronda,
pues entonces no podrás pasar a Mantua,
donde vivirás hasta que hallemos ocasión
de proclamar vuestro matrimonio, reconciliar a vuestros amigos,
pedir perdón al Príncipe y llamarte de vuelta
con veinte veces cien mil veces más gozo
que cuando saliste en lamento.
Ve delante, ama. Encomiéndame a tu señora,
y dile que haga acostarse a toda la casa,
a lo cual la pesada pena los inclina.
Romeo ya va.

AMA

¡Oh Señor, podría haberme quedado aquí toda la noche
oyendo buen consejo! ¡Oh, qué es la sabiduría!
Mi señor, diré a mi señora que vendréis.

ROMEO

Hazlo, y dile a mi dulce que se prepare a reñirme.

AMA

Aquí hay un anillo que me mandó daros, señor.
Daos prisa, apresuraos, que se hace muy tarde.

Sale.

ROMEO

¡Cuán bien se reanima mi consuelo con esto!

FRAY LORENZO

Vete de aquí; buenas noches; y aquí está todo tu estado:
o te vas antes de que se monte la ronda,
o al romper el día, disfrazado, de aquí.
Reside en Mantua. Yo buscaré a tu criado,
y él te dará noticia de tiempo en tiempo
de toda buena fortuna que aquí te acontezca.
Dame la mano. Es tarde. Adiós; buenas noches.

ROMEO

Si no me llamara un gozo que supera todo gozo,
sería pena tan breve separarme de ti.
Adiós.

Salen.

ESCENA IV

Una sala en casa de Capuleto. Entran el viejo Capuleto, su esposa y Paris.

CAPULETO

Las cosas han sucedido tan desgraciadamente, señor,
que no hemos tenido tiempo de tratar con nuestra hija.
Ved, ella quería mucho a su primo Teobaldo,
y yo también. Bien, nacimos para morir.
Es muy tarde; no bajará esta noche.
Os lo aseguro, de no ser por vuestra compañía,
hace una hora que estaría en la cama.

PARIS

Estos tiempos de pena no dan tono para cortejar.
Señora, buenas noches. Encomendadme a vuestra hija.

SEÑORA CAPULETO

Lo haré, y mañana temprano sabré su parecer;
esta noche está encerrada en su pesadumbre.

CAPULETO

Señor Paris, haré una oferta desesperada
del amor de mi hija. Creo que se dejará guiar
en todo por mí; más aún, no lo dudo.
Esposa, ve a verla antes de acostarte;
hazle saber el amor de mi hijo Paris
y dile *(¿me oyes?)* que el miércoles próximo...
Pero, ¡calma! ¿Qué día es hoy?

PARIS

Lunes, mi señor.

CAPULETO

¡Lunes! ¡Ja, ja! Bien, el miércoles es demasiado pronto.
Que sea el jueves; un jueves, dile
que se casará con este noble conde.
¿Estaréis listo? ¿Os gusta esta prisa?
No haremos gran alboroto: un amigo o dos;
pues, oíd, habiendo muerto Teobaldo hace tan poco,
podría pensarse que lo tuvimos en poco
siendo nuestro pariente, si festejamos mucho.
Por tanto tendremos unos seis amigos,
y se acabó. Pero ¿qué decís del jueves?

PARIS

Mi señor, querría que el jueves fuera mañana.

CAPULETO

Bien, idos. Que sea, pues, el jueves.
Ve a ver a Julieta antes de acostarte;
prepárala, esposa, para este día de bodas.
Adiós, mi señor. ¡Luz para mi alcoba, ea!
¡Por mi vida, es tan, tan tarde
que pronto podremos llamarlo temprano!
Buenas noches.

Salen.

ESCENA V

El huerto de Capuleto. Entran Romeo y Julieta arriba, en la ventana.

JULIETA

¿Te vas ya? Aún no está cerca el día.
Fue el ruiseñor, y no la alondra,
el que traspasó el temeroso hueco de tu oído.
Canta cada noche en aquel granado.
Créeme, amor, fue el ruiseñor.

ROMEO

Fue la alondra, la heraldo de la mañana;
no el ruiseñor. Mira, amor, qué envidiosas vetas
bordan las nubes que se separan en aquel Oriente.
Las velas de la noche se han consumido, y el alegre día
se pone de puntillas sobre las cimas brumosas de los montes.
Debo irme y vivir, o quedarme y morir.

JULIETA

Esa luz no es luz del día; lo sé, yo lo sé.
Es algún meteoro que el sol exhala
para ser esta noche tu portador de antorcha
y alumbrarte el camino a Mantua.
Por tanto quédate aún; no necesitas irte.

ROMEO

Que me prendan, que me den muerte.
Me contento, si así lo quieres tú.
Diré que ese gris no es el ojo de la mañana,
sino el pálido reflejo de la frente de Cintia;
ni es la alondra la que con sus notas golpea
la bóveda del cielo tan alta sobre nuestras cabezas.
Tengo más deseo de quedarme que voluntad de irme.
¡Venga la muerte, y bienvenida! Julieta lo quiere.
¿Qué tal, alma mía? Hablemos; no es de día.

JULIETA

¡Sí lo es, sí lo es! ¡Vete de aquí, huye, márchate!
Es la alondra la que canta tan desentonada,
forzando ásperas discordias y agudos desagradables.
Algunos dicen que la alondra hace dulce división;
esta no, pues ella nos divide.
Algunos dicen que la alondra y el sapo odiado cambiaron los ojos;
oh, ahora querría que hubieran cambiado también las voces,
pues esa voz nos asusta, arrancando brazo de brazo,
y te caza de aquí con toque de diana hacia el día.
¡Oh, vete ya! Cada vez hay más y más luz.

ROMEO

¡Más y más luz: más y más oscuras nuestras penas!

Entra el Ama.

AMA
¡Señora!

JULIETA
¿Ama?

AMA
Vuestra señora madre viene a vuestra alcoba.
Ha roto el día; andad con cuidado, mirad en torno.

JULIETA
Entonces, ventana, deja entrar el día y salir la vida.

Sale el Ama.

ROMEO
¡Adiós, adiós! Un beso, y bajaré.

Desciende.

JULIETA
¿Te has ido así, mi señor, mi amor, mi amigo?
Debo saber de ti cada día a cada hora,
pues en un minuto hay muchos días.
¡Oh, por esta cuenta seré muy entrada en años
antes de volver a ver a mi Romeo!

ROMEO
¡Adiós!
No omitiré ocasión alguna
que pueda llevarte mis saludos, amor.

JULIETA
¡Oh, ¿crees que nos volveremos a ver?

ROMEO
No lo dudo; y todas estas penas servirán para dulces conversaciones en nuestro tiempo por venir.

JULIETA

¡Oh Dios, tengo un alma de mal presagio!
Me parece verte, ahora que estás abajo,
como a un muerto en el fondo de una tumba.
O me falla la vista, o estás pálido.

ROMEO

Y créeme, amor, a mis ojos también tú.
La pena seca bebe nuestra sangre. ¡Adiós, adiós!

Sale.

JULIETA

¡Oh Fortuna, Fortuna! Todos te llaman inconstante.
Si eres inconstante, ¿qué haces con él,
que es famoso por su fidelidad? Sé inconstante, Fortuna,
pues así espero que no lo retengas mucho
sino que me lo devuelvas.

SEÑORA CAPULETO

(Dentro.) ¡Ea, hija! ¿Estás levantada?

JULIETA

¿Quién es el que llama? Es mi señora madre.
¿No se ha acostado tan tarde, o se levanta tan temprano?
¿Qué causa desacostumbrada la trae aquí?

Entra la Señora Capuleto.

SEÑORA CAPULETO

Vaya, ¿qué tal, Julieta?

JULIETA

Señora, no me encuentro bien.

SEÑORA CAPULETO

¿Siempre llorando la muerte de tu primo?
¿Qué, quieres lavarlo de su tumba con lágrimas?
Y si pudieras, no lo harías vivir.
Por tanto, basta. Algo de pena muestra mucho amor;
pero mucha pena muestra siempre alguna falta de juicio.

JULIETA

Dejadme llorar, con todo, por una pérdida tan sentida.

SEÑORA CAPULETO

Así sentirás la pérdida, pero no al amigo
que lloras.

JULIETA

Sintiendo así la pérdida,
no puedo sino llorar siempre al amigo.

SEÑORA CAPULETO

Bien, niña, no lloras tanto por su muerte como porque vive el villano que lo mató.

JULIETA

¿Qué villano, señora?

SEÑORA CAPULETO

Ese mismo villano, Romeo.

JULIETA

(Aparte.) Villano y él están muchas millas aparte. ¡Dios lo perdone! Yo lo hago, con todo mi corazón; y sin embargo ningún hombre me aflige tanto el corazón.

SEÑORA CAPULETO

Eso es porque vive el traidor asesino.

JULIETA

Sí, señora, fuera del alcance de estas mis manos. ¡Ojalá nadie sino yo pudiera vengar la muerte de mi primo!

SEÑORA CAPULETO

Tendremos venganza por ello, no temas.
Así que no llores más. Mandaré a alguien a Mantua,
donde vive ese mismo vagabundo desterrado,
que le dará una dosis tan desacostumbrada
que pronto hará compañía a Teobaldo;
y entonces espero que te quedes satisfecha.

JULIETA

En verdad nunca quedaré satisfecha
con Romeo hasta que lo vea... muerto:
tan afligido está mi pobre corazón por un pariente.
Señora, si pudierais hallar solo a un hombre
que lleve un veneno, yo lo prepararía;
de modo que Romeo, en cuanto lo recibiera,
durmiera pronto en quietud. ¡Oh, cómo aborrece mi corazón
oírlo nombrar y no poder ir a él
para descargar el amor que tuve a mi primo Teobaldo
sobre el cuerpo del que lo mató!

SEÑORA CAPULETO

Busca tú los medios y yo hallaré a ese hombre.
Pero ahora te diré noticias gozosas, niña.

JULIETA

Y el gozo viene bien en tiempo tan menesteroso.
¿Cuáles son, os lo ruego, señora?

SEÑORA CAPULETO

Bien, bien, tienes un padre cuidadoso, niña;
uno que, para sacarte de tu pesadumbre,
ha dispuesto un repentino día de gozo
que ni tú esperas ni yo esperaba.

JULIETA

Señora, ¡en buena hora! ¿Qué día es ese?

SEÑORA CAPULETO

Pues, hija mía, el próximo jueves por la mañana temprano
el gallardo, joven y noble caballero,
el conde Paris, en la iglesia de San Pedro,
te hará allí feliz una novia gozosa.

JULIETA

¡Pues por la iglesia de San Pedro, y por Pedro también,
no me hará allí una novia gozosa!
Me asombra esta prisa, que deba casarme
antes de que venga a cortejarme el que ha de ser mi esposo.
Os ruego que digáis a mi señor y padre, señora,
que aún no me casaré; y cuando lo haga, juro
que será con Romeo, a quien sabéis que odio,
antes que con Paris. ¡Estas sí que son noticias!

SEÑORA CAPULETO

Aquí viene tu padre. Díselo tú misma
y verás cómo lo toma de tu mano.

Entran Capuleto y el Ama.

CAPULETO

Cuando el sol se pone, el aire destila rocío,
pero por el ocaso del hijo de mi hermano
llueve a cántaros.
¿Qué es esto? ¿Una fuente, niña? ¿Aún en lágrimas?
¿Siempre en aguacero? En un cuerpecillo
finges una barca, un mar, un viento:
pues siempre tus ojos, que puedo llamar el mar,
suben y bajan con lágrimas; la barca es tu cuerpo
que navega en esta riada salada; los vientos, tus suspiros,
que, enfurecidos con tus lágrimas, y ellas con ellos,
si no sobreviene una calma repentina, volcarán
tu cuerpo zarandeado por la tormenta. ¿Qué tal, esposa?
¿Le has comunicado nuestro decreto?

SEÑORA CAPULETO

Sí, señor; pero no quiere, os da las gracias.
¡Ojalá la necia estuviera casada con su tumba!

CAPULETO

¡Calma! Explícame, explícame, esposa.
¿Cómo? ¿No quiere? ¿No nos da las gracias?
¿No está orgullosa? ¿No se cree bienaventurada,
indigna como es, de que hayamos conseguido
un caballero tan digno para ser su novio?

JULIETA

Orgullosa no estoy de lo que tenéis, pero agradecida de que lo tengáis.
Orgullosa nunca puedo estar de lo que odio,
pero agradecida incluso por un odio que pretende ser amor.

CAPULETO

¿Qué es esto, qué es esto, sofista? ¿Qué es esto?
«Orgullosa»... y «os doy las gracias»... y «no os las doy»...
¿y sin embargo «no orgullosa»? Señorita melindres,
no me des gracias de gracias ni me orgullezcas de orgullos,
sino apresta tus finas articulaciones para el jueves próximo
para ir con Paris a la iglesia de San Pedro,
o te arrastraré allí en una rastra.
¡Fuera, carroña de clorosis! ¡Fuera, bagaje!
¡Cara de sebo!

SEÑORA CAPULETO

¡Vergüenza, vergüenza! ¿Qué, estáis loco?

JULIETA

Buen padre, os suplico de rodillas
que me oigáis con paciencia decir solo una palabra.

CAPULETO

¡Que te cuelguen, joven bagaje! ¡Desdichada desobediente!
Te lo digo: ve a la iglesia el jueves
o nunca más me mires a la cara.
¡No hables, no repliques, no me respondas!
Me pican los dedos. Esposa, apenas nos creímos bendecidos
porque Dios nos prestara solo a esta hija;
pero ahora veo que esta es una de más
y que tenerla es una maldición para nosotros.
¡Fuera con ella, ruin!

AMA

¡Dios del cielo la bendiga!
Hacéis mal, mi señor, en regañarla así.

CAPULETO

¿Y por qué, mi Señora Sabiduría? Callad la lengua,
Buena Prudencia. ¡Parlotead con vuestras comadres, andad!

AMA
No digo ninguna traición.

CAPULETO
¡Oh, Dios os guarde!

AMA
¿No puede hablar una?

CAPULETO
¡Paz, necia farfullante!
Soltad vuestra gravedad sobre el tazón de una comadre,
que aquí no la necesitamos.

SEÑORA CAPULETO
Estáis demasiado exaltado.

CAPULETO

¡Por el pan de Dios, me enloquece! Día, noche, tarde, temprano,
en casa, fuera, solo, en compañía,
despierto o durmiendo, siempre mi cuidado ha sido
casarla bien; y habiéndole ahora conseguido
un caballero de linaje principesco,
de hermosas tierras, joven y noblemente criado,
relleno, como dicen, de partes honorables,
proporcionado como el pensamiento desearía a un hombre...
¡y luego tener una necia miserable y llorona,
una muñeca quejumbrosa, que ante la oferta de su fortuna
responde «No me casaré, no puedo amar;
soy demasiado joven, os ruego que me perdonéis»!
¡Pero, si no os casáis, yo os perdono!
Pastad donde queráis, no viviréis conmigo.
Atended a ello, pensadlo; no acostumbro a bromear.
El jueves está cerca; poned la mano en el corazón, consideradlo:
si sois mía, os daré a mi amigo;
si no lo sois, colgaos, mendigad, pasad hambre, morid en las calles,
porque, por mi alma, nunca os reconoceré,
ni lo que es mío os servirá jamás de nada.
Confiad en ello. Pensadlo. No faltaré a mi palabra.

Sale.

JULIETA

¿No hay compasión sentada en las nubes
que vea el fondo de mi pena?
¡Oh dulce madre mía, no me rechacéis!
Retrasad este matrimonio un mes, una semana;
o, si no, haced el lecho nupcial
en aquel sombrío monumento donde yace Teobaldo.

SEÑORA CAPULETO

No me hables, que no diré una palabra.
Haz lo que quieras, que he acabado contigo.

Sale.

JULIETA

¡Oh Dios! Oh ama, ¿cómo se evitará esto?
Mi esposo está en la tierra, mi fe en el cielo.
¿Cómo volverá esa fe a la tierra
si ese esposo no me la envía desde el cielo
dejando la tierra? Consuélame, aconséjame.
¡Ay, ay, que el cielo practique estratagemas
sobre un sujeto tan tierno como yo!
¿Qué dices? ¿No tienes una palabra de alegría?
Algún consuelo, ama.

AMA

A fe mía, aquí lo tenéis.
Romeo está desterrado; y todo el mundo contra nada
a que nunca se atreverá a volver a reclamaros;
o, si lo hace, tendrá que ser a escondidas.
Entonces, ya que el caso está como está,
creo que lo mejor es que os caséis con el Conde.
¡Oh, es un caballero encantador!
Romeo es un trapo de cocina a su lado. Un águila, señora,
no tiene el ojo tan verde, tan vivo, tan hermoso
como lo tiene Paris. Maldito sea mi corazón,
creo que sois feliz en este segundo partido,
pues supera al primero; o, si no lo superase,
el primero está muerto, o tanto da que lo esté,
pues vivo aquí no os sirve de nada.

JULIETA

¿Hablas esto desde el corazón?

AMA
Y desde el alma también; si no, malditos sean ambos.

JULIETA
¡Amén!

AMA
¿Qué?

JULIETA
Bien, me has consolado maravillosamente.
Entra; y dile a mi señora que me he ido,
por haber disgustado a mi padre, a la celda de Lorenzo,
a confesarme y a ser absuelta.

AMA
Sí, lo haré; y esto es obrar con cordura.

Sale.

JULIETA
¡Condenación antigua! ¡Oh, demonio malvadísimo!
¿Es mayor pecado desearme así perjura,
o desacreditar a mi señor con la misma lengua
con que lo ha alabado sin comparación
tantos miles de veces? ¡Vete, consejera!
Tú y mi pecho seréis desde ahora dos.
Iré al fraile a saber su remedio.
Si todo lo demás falla, tengo el poder de morir.

Sale.

ACTO CUARTO

ESCENA I

La celda de fray Lorenzo. Entran fray Lorenzo y el conde Paris.

FRAY LORENZO

¿El jueves, señor? El plazo es muy corto.

PARIS

Mi padre Capuleto así lo quiere,
y yo no soy nada lento en frenar su prisa.

FRAY LORENZO

Decís que no conocéis el parecer de la dama.
Desigual es el curso; no me gusta.

PARIS

Llora desmedidamente la muerte de Teobaldo,
y por eso he hablado poco de amor;
pues Venus no sonríe en una casa de lágrimas.
Ahora, señor, su padre estima peligroso
que ella dé tanto dominio a su pena,
y en su sabiduría apresura nuestra boda
para detener la inundación de sus lágrimas,
que, demasiado atendidas por ella sola,
pueden quitársele con la compañía.
Ahora sabéis la razón de esta prisa.

FRAY LORENZO

(Aparte.) Ojalá no supiera por qué debería retrasarse.
Mirad, señor, aquí viene la dama hacia mi celda.

Entra Julieta.

PARIS
¡Feliz encuentro, mi señora y esposa!

JULIETA
Eso podrá ser, señor, cuando yo pueda ser esposa.

PARIS
Ese «podrá ser» debe ser, amor, el jueves próximo.

JULIETA
Lo que debe ser será.

FRAY LORENZO
Eso es un texto seguro.

PARIS
¿Venís a confesaros con este padre?

JULIETA
Para responder a eso, tendría que confesarme con vos.

PARIS
No le neguéis a él que me amáis.

JULIETA
A vos os confesaré que lo amo a él.

PARIS
Así haréis, estoy seguro, con que me amáis.

JULIETA
Si lo hago, valdrá más
dicho a vuestras espaldas que a la cara.

PARIS
Pobre alma, vuestro rostro está muy maltratado por las lágrimas.

JULIETA

Poca victoria han ganado las lágrimas con eso,
pues ya era bastante malo antes de su despecho.

PARIS

Lo agraviáis más que las lágrimas con ese comentario.

JULIETA

No es calumnia, señor, lo que es verdad;
y lo que dije, lo dije de mi propio rostro.

PARIS

Vuestro rostro es mío, y lo habéis calumniado.

JULIETA

Puede ser, pues no es mío propio.
¿Estáis libre, santo padre, ahora,
o he de ir a vos en la misa de la tarde?

FRAY LORENZO

Mi tiempo me lo permite, hija pensativa, ahora.
Mi señor, hemos de pediros que nos dejéis a solas.

PARIS

¡Dios me guarde de perturbar la devoción!
Julieta, el jueves temprano os despertaré.
Hasta entonces, adiós, y guardad este santo beso.

Sale.

JULIETA

¡Oh, cierra la puerta! Y cuando lo hayas hecho,
ven a llorar conmigo: ¡sin esperanza, sin cura, sin remedio!

FRAY LORENZO

Ay, Julieta, ya conozco tu pena;
me tensa más allá del alcance de mi juicio.
Oigo que debes, y nada puede aplazarlo,
casarte el jueves próximo con este Conde.

JULIETA

No me digas, fraile, que oyes esto,
a menos que me digas cómo puedo impedirlo.
Si en tu sabiduría no puedes darme ayuda,
tú solo llama sabia a mi resolución
y con este cuchillo la ayudaré enseguida.
Dios unió mi corazón y el de Romeo, tú nuestras manos;
y antes de que esta mano, por ti sellada a Romeo,
sea la etiqueta de otro contrato,
o mi leal corazón, con traidora rebelión,
se vuelva a otro, esto matará a ambos.
Por tanto, de tu largo tiempo de experiencia,
dame consejo presente; o, mira,
entre mis extremos y yo, este cuchillo sangriento
hará de árbitro, resolviendo aquello
que la comisión de tus años y tu arte
no pudo llevar a un desenlace de verdadero honor.
No tardes tanto en hablar. Deseo morir
si lo que dices no habla de remedio.

FRAY LORENZO

Espera, hija. Vislumbro una especie de esperanza,
que exige una ejecución tan desesperada
como desesperado es lo que queremos evitar.
Si, antes que casarte con el conde Paris,
tienes la fuerza de voluntad para matarte,
entonces es probable que emprendas
algo semejante a la muerte para ahuyentar esta vergüenza,
tú que te enfrentas a la muerte misma para escapar de ella;
y, si te atreves, te daré remedio.

JULIETA

Oh, antes que casarme con Paris, mándame saltar
de las almenas de aquella torre,
o caminar por sendas de ladrones, o mándame acechar
donde hay serpientes; encadéname con osos rugientes,
o enciérrame de noche en un osario,
cubierta del todo de huesos que entrechocan de muertos,
de canillas hediondas y calaveras amarillas sin mandíbula;
o mándame entrar en una tumba recién hecha
y escóndeme con un muerto en su mortaja:
cosas que, solo de oírlas contar, me han hecho temblar;
y lo haré sin miedo ni duda
por vivir esposa sin mancha de mi dulce amor.

FRAY LORENZO

Espera, pues. Vete a casa, sé alegre, da tu consentimiento
para casarte con Paris. Mañana es miércoles.
Mañana por la noche procura dormir sola;
no dejes que el ama duerma contigo en tu alcoba.
Toma este frasco, estando ya en la cama,
y bébete este licor destilado;
al instante correrá por todas tus venas
un humor frío y soñoliento; pues ningún pulso
mantendrá su curso natural, sino que cesará;
ningún calor, ningún aliento, atestiguará que vives;
las rosas de tus labios y mejillas se marchitarán
en cenizas pálidas, las ventanas de tus ojos caerán
como cae la muerte cuando cierra el día de la vida;
cada parte, privada del flexible gobierno,
aparecerá, rígida y tiesa y fría, como la muerte;
y en esta semejanza prestada de la muerte encogida
permanecerás cuarenta y dos horas,
y luego despertarás como de un sueño agradable.
Ahora, cuando el novio llegue por la mañana
para despertarte de tu cama, allí estarás muerta.
Entonces, como es costumbre en nuestro país,
con tus mejores galas, descubierta sobre el féretro,
serás llevada a aquella misma bóveda antigua
donde yacen todos los parientes de los Capuletos.
Mientras tanto, para cuando despiertes,
Romeo sabrá por mis cartas nuestro designio;
y vendrá aquí; y él y yo
velaremos tu despertar, y esa misma noche
Romeo te llevará de aquí a Mantua.
Y esto te librará de esta vergüenza presente,
si ningún capricho inconstante ni temor de mujer
rebaja tu valor al ejecutarlo.

JULIETA

¡Dámelo, dámelo! ¡Oh, no me hables de miedo!

FRAY LORENZO

¡Toma! Vete, sé fuerte y afortunada
en esta resolución. Enviaré con presteza a un fraile
a Mantua, con mis cartas para tu señor.

JULIETA

¡Que el amor me dé fuerza! Y la fuerza me prestará ayuda.
Adiós, querido padre.

Salen.

ESCENA II

Una sala en casa de Capuleto. Entran el padre Capuleto, la madre, el Ama y dos o tres criados.

CAPULETO

Invitad a tantos invitados como aquí están escritos.

Sale un Criado.

Tú, ve a contratarme veinte cocineros hábiles.

CRIADO

No tendréis ninguno malo, señor; pues probaré si saben chuparse los dedos.

CAPULETO

¿Cómo puedes probarlos así?

CRIADO

Pues, señor, es mal cocinero el que no sabe chuparse los propios dedos. Por tanto, el que no sepa chuparse los dedos no viene conmigo.

CAPULETO

Anda, vete.

Sale el Criado.

Estaremos bastante desprovistos para esta ocasión.
¿Qué, ha ido mi hija a ver a fray Lorenzo?

AMA

Sí, en verdad.

CAPULETO

Bien, quizá consiga hacerle algún bien.
Es una terca, caprichosa y descarada.

Entra Julieta.

AMA

Mirad cómo viene de confesarse con rostro alegre.

CAPULETO

¿Qué tal, mi testaruda? ¿Dónde has andado vagando?

JULIETA

Donde he aprendido a arrepentirme del pecado
de la oposición desobediente
a vos y a vuestros mandatos, y el santo Lorenzo
me ha ordenado postrarme aquí
para pediros perdón. ¡Perdón, os lo ruego!
De ahora en adelante me dejaré guiar siempre por vos.

CAPULETO

Mandad llamar al Conde. Id a decirle esto.
Quiero que este nudo quede atado mañana por la mañana.

JULIETA

Encontré al joven señor en la celda de Lorenzo
y le di el amor conveniente que pude,
sin traspasar los límites del pudor.

CAPULETO

Vaya, me alegro. Está bien. Levántate.
Así es como debe ser. Dejadme ver al Conde.
Sí, vamos, digo, y traedlo aquí.
Ahora, ante Dios, este reverendo y santo fraile,
toda nuestra ciudad le está muy obligada.

JULIETA

Ama, ¿vendrás conmigo a mi alcoba
para ayudarme a escoger los adornos necesarios
que te parezca apropiado ponerme mañana?

SEÑORA CAPULETO

No, no hasta el jueves. Hay tiempo de sobra.

CAPULETO

Ve, ama, ve con ella. Iremos a la iglesia mañana.

Salen Julieta y el Ama.

SEÑORA CAPULETO

Andaremos cortos de provisiones.
Ya es casi de noche.

CAPULETO

¡Bah, yo me moveré,
y todo irá bien, te lo garantizo, esposa.
Ve a ver a Julieta, ayuda a engalanarla.
Esta noche no me acuesto; déjame.
Haré de ama de casa por esta vez. ¡Eh, ea!
Todos han salido; bien, iré yo mismo
a casa del conde Paris, a prepararlo
para mañana. Tengo el corazón maravillosamente ligero,
ahora que esta niña rebelde se ha enmendado.

Salen.

ESCENA III

La alcoba de Julieta. Entran Julieta y el Ama.

JULIETA

Sí, esos atavíos son los mejores; pero, gentil ama,
te ruego que me dejes sola esta noche;
pues necesito muchas oraciones
para mover a los cielos a sonreír a mi estado,
que, bien sabes, es adverso y lleno de pecado.

Entra la Señora Capuleto.

SEÑORA CAPULETO

¿Qué, estáis ocupadas? ¿Necesitáis mi ayuda?

JULIETA

No, señora; hemos escogido las cosas necesarias
que convienen a nuestro estado mañana.
Si os place, dejadme ahora sola,
y que el ama vele esta noche con vos;
pues estoy segura de que tenéis las manos llenas
en este asunto tan repentino.

SEÑORA CAPULETO

Buenas noches.
Vete a la cama y descansa; que lo necesitas.

Salen la Señora Capuleto y el Ama.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

JULIETA

¡Adiós! Dios sabe cuándo nos veremos otra vez.
Un miedo frío y débil me recorre las venas
que casi hiela el calor de la vida.
Las llamaré de vuelta para que me consuelen.
¡Ama! ¿Qué iba a hacer aquí?
Mi escena lúgubre debo representarla sola.
Ven, frasco.
¿Y si esta mezcla no hace ningún efecto?
¿Me casaré entonces mañana por la mañana?
¡No, no! Esto lo impedirá. Yace tú ahí.

Deja una daga.

¿Y si es un veneno que el fraile
me ha administrado con sutileza para verme muerta,
no sea que en este matrimonio quede deshonrado
por haberme casado antes con Romeo?
Temo que lo es; y sin embargo me parece que no,
pues siempre ha sido tenido por hombre santo.
No quiero albergar un pensamiento tan malo.
¿Y si, cuando esté puesta en la tumba,
despierto antes del momento en que Romeo
venga a rescatarme? ¡Ahí hay un punto aterrador!
¿No me ahogaré entonces en la bóveda,
a cuya boca inmunda no entra aire sano,
y moriré allí estrangulada antes de que llegue mi Romeo?
O, si vivo, ¿no es muy probable
que la horrible idea de la muerte y la noche,
junto con el terror del lugar...
como una bóveda, un antiguo receptáculo
donde desde hace muchos cientos de años los huesos
de todos mis antepasados enterrados están apilados;
donde el sangriento Teobaldo, aún fresco en la tierra,
yace pudriéndose en su mortaja; donde, dicen,

a ciertas horas de la noche se reúnen espíritus...
ay, ay, ¿no es probable que yo,
despertando tan pronto, entre olores repugnantes
y chillidos como mandrágoras arrancadas de la tierra,
que enloquecen a los mortales vivos que los oyen...
oh, si despierto, ¿no quedaré demente,
rodeada de todos estos horrendos temores,
y jugaré locamente con los huesos de mis antepasados,
y arrancaré a Teobaldo, destrozado, de su mortaja,
y, en esta rabia, con el hueso de algún gran pariente,
como con una maza, me reventaré los sesos desesperados?
¡Oh, mirad! Me parece ver el fantasma de mi primo
buscando a Romeo, que ensartó su cuerpo
en la punta de un estoque. ¡Quieto, Teobaldo, quieto!
¡Romeo, ya voy! Esto bebo a tu salud.

Bebe y cae sobre su cama, tras las cortinas.

ESCENA IV

Una sala en casa de Capuleto. Entran la Señora Capuleto y el Ama.

SEÑORA CAPULETO

Toma, coge estas llaves y trae más especias, ama.

AMA

Piden dátiles y membrillos en la repostería.

Entra el viejo Capuleto.

CAPULETO

¡Vamos, moveos, moveos, moveos! El segundo gallo ha cantado,
la campana del toque de queda ha sonado, son las tres.
Cuidad de los asados, buena Angélica;
no reparéis en gastos.

AMA

Id, viejo cocinero de faldas, id,
¡a la cama! A fe mía, mañana estaréis enfermo
por la vela de esta noche.

CAPULETO

No, ni un ápice. Vaya, he velado antes
toda la noche por causa menor y nunca enfermé.

SEÑORA CAPULETO

Sí, habéis sido un cazador de ratones en vuestro tiempo;
pero ahora yo os vigilaré para que no veléis así.

Salen la Señora Capuleto y el Ama.

CAPULETO

¡Una celosa, una celosa!

Entran tres o cuatro Criados, con asadores, leños y cestas.

Eh, ¿qué hay ahí? Ahora, amigo...

CRIADO

Cosas para el cocinero, señor; pero no sé qué.

CAPULETO

Daos prisa, daos prisa. Tú, trae leños más secos. Llama a Pedro; él te mostrará dónde están.

CRIADO

Tengo una cabeza, señor, que encontrará leños sin molestar a Pedro por ello.

CAPULETO

Por la misa, bien dicho; ¡un hijo de puta gracioso, ja! Serás cabeza de leño. A fe mía, ya es de día. El Conde estará aquí enseguida con música, pues así dijo que haría.

Suena música.

Lo oigo cerca.
¡Ama! ¡Esposa! ¡Eh! ¡Ama, digo!

Entra el Ama.

Ve a despertar a Julieta; ve y arréglala.
Yo iré a charlar con Paris. Corre, date prisa,
¡date prisa! El novio ya ha llegado:
date prisa, digo.

Salen.

ESCENA V

La alcoba de Julieta. Entra el Ama.

AMA

¡Señora! ¡Eh, señora! ¡Julieta! Dormida a pierna suelta, os lo garantizo. ¡Vaya, cordera! ¡Vaya, señora! ¡Qué vergüenza, perezosa! ¡Vaya, amor, digo! ¡Señora! ¡Corazón! ¡Vaya, novia! ¿Qué, ni una palabra? ¡Ahora os cobráis vuestras pequeñas ganancias! ¡Dormid una semana; porque la noche siguiente, os lo garantizo, el conde Paris ha decidido que descansaréis bien poco! ¡Dios me perdone! En verdad, y amén. ¡Qué profundamente duerme! Tengo que despertarla. ¡Señora, señora, señora! ¡Sí, que el Conde os coja en vuestra cama! ¡Él os hará saltar del susto, a fe mía! ¿No es así?

Corre las cortinas.

¿Qué, vestida, con vuestra ropa puesta, y otra vez acostada? Tengo que despertaros. ¡Señora! ¡señora! ¡señora! ¡Ay, ay! ¡Socorro, socorro! ¡Mi señora ha muerto! ¡Ay, desdichada de mí, que nací! ¡Aguardiente, eh! ¡Mi señor! ¡Mi señora!

Entra la Señora Capuleto.

SEÑORA CAPULETO
¿Qué ruido es este?

AMA
¡Oh día lamentable!

SEÑORA CAPULETO
¿Qué ocurre?

AMA
¡Mirad, mirad! ¡Oh día pesaroso!

SEÑORA CAPULETO
¡Ay de mí, ay de mí! ¡Hija mía, mi única vida!
¡Revive, alza la vista, o moriré contigo!
¡Socorro, socorro! Llamad a socorro.

Entra Capuleto.

CAPULETO
Qué vergüenza, traed a Julieta; su señor ha llegado.

AMA
¡Está muerta, fallecida; está muerta! ¡Ay del día!

SEÑORA CAPULETO
¡Ay del día, está muerta, está muerta, está muerta!

CAPULETO

¡Ja! Dejadme verla. ¡Ay! Está fría,
su sangre se ha asentado y sus articulaciones están rígidas;
la vida y estos labios llevan mucho tiempo separados.
La muerte yace sobre ella como una helada intempestiva
sobre la flor más dulce de todo el campo.

AMA

¡Oh día lamentable!

SEÑORA CAPULETO

¡Oh tiempo desdichado!

CAPULETO

La muerte, que me la ha arrebatado para hacerme lamentar,
ata mi lengua y no me deja hablar.

Entran fray Lorenzo y el Conde Paris, con músicos.

FRAY LORENZO

Vamos, ¿está lista la novia para ir a la iglesia?

CAPULETO

Lista para ir, pero nunca para volver.
Oh hijo, la noche antes de tu día de bodas
la Muerte ha yacido con tu esposa. Mira, ahí yace,
flor como era, desflorada por él.
La Muerte es mi yerno, la Muerte es mi heredero;
ha desposado a mi hija. Moriré
y le dejaré todo. Vida, bienes, todo es de la Muerte.

PARIS

¿Tanto anhelé ver el rostro de esta mañana,
y me da una visión como esta?

SEÑORA CAPULETO

¡Maldito, infeliz, miserable, odioso día!
¡Hora desdichadísima, la más que el tiempo vio
en el duradero trabajo de su peregrinación!
¡Solo una, una pobre, una pobre y amante hija,
solo una cosa en que regocijarme y consolarme,
y la cruel Muerte me la ha arrebatado de la vista!

AMA

¡Oh pena! ¡Oh día desdichado, desdichado, desdichado!
¡Día lamentabilísimo, día desdichadísimo,
el más que jamás he visto!
¡Oh día! ¡Oh día! ¡Oh día! ¡Oh día odioso!
Nunca se vio un día tan negro como este.
¡Oh día desdichado! ¡Oh día desdichado!

PARIS

¡Engañado, divorciado, agraviado, despechado, muerto!
¡Detestabilísima Muerte, por ti engañado,
por ti, cruel, cruel, del todo derribado!
¡Oh amor! ¡Oh vida! No vida, sino amor en la muerte.

CAPULETO

¡Despreciada, afligida, odiada, martirizada, asesinada!
Tiempo sin consuelo, ¿por qué viniste ahora
a asesinar, a asesinar nuestra solemnidad?
¡Oh hija! ¡Oh hija! Mi alma, y no mi hija.
¡Muerta estás, muerta! Ay, mi hija ha muerto,
¡y con mi hija mis alegrías están enterradas!

FRAY LORENZO

¡Paz, ea, qué vergüenza! La cura de la confusión no vive
en estas confusiones. El cielo y vosotros mismos
teníais parte en esta bella doncella: ahora el cielo lo tiene todo,
y tanto mejor es para la doncella.
Vuestra parte en ella no pudisteis guardarla de la muerte,
pero el cielo guarda la suya en la vida eterna.
Lo que más buscabais era su ascenso,
pues era vuestro cielo que ella fuese ascendida;
¿y lloráis ahora, viendo que está ascendida
por encima de las nubes, tan alto como el cielo mismo?
Oh, en este amor amáis tan mal a vuestra hija
que enloquecéis, viendo que ella está bien.
No está bien casada la que vive casada largo tiempo,
pero la mejor casada es la que muere casada joven.
Secad vuestras lágrimas y poned vuestro romero
sobre este bello cadáver y, como es costumbre,
con todas sus mejores galas llevadla a la iglesia;
pues, aunque la ternura natural nos manda a todos lamentar,
las lágrimas de la naturaleza son el regocijo de la razón.

CAPULETO

Todo lo que ordenamos para la fiesta
cambia su oficio por el de negro funeral:
nuestros instrumentos, en campanas de melancolía,
nuestro banquete de bodas, en un triste banquete de entierro;
nuestros solemnes himnos se cambian en lúgubres endechas;
nuestras flores nupciales sirven para un cuerpo sepultado;
y todo se cambia en su contrario.

FRAY LORENZO

Señor, entrad; y vos, señora, id con él;
y id, señor Paris. Que todos se preparen
para seguir este bello cadáver hasta su tumba.
Los cielos os amenazan por algún mal;
no los provoquéis más contrariando su alta voluntad.

Salen todos, salvo los Músicos y el Ama.

PRIMER MÚSICO

A fe mía, podemos guardar las flautas e irnos.

AMA

Buenos y honrados amigos, ay, ¡guardad, guardad! Pues bien sabéis que este es un caso lastimoso.

Sale.

PRIMER MÚSICO

Sí, a fe mía, el caso podría arreglarse.

Entra Pedro.

PEDRO

Músicos, oh, músicos, «Alivio del corazón», «Alivio del corazón». Oh, si queréis que viva, tocad «Alivio del corazón».

PRIMER MÚSICO

¿Por qué «Alivio del corazón»?

PEDRO

Oh, músicos, porque mi propio corazón toca «Mi corazón está lleno de pena». Oh, tocadme alguna alegre endecha para consolarme.

PRIMER MÚSICO

Ni una endecha nosotros. No es momento de tocar ahora.

PEDRO
¿No lo haréis, pues?

PRIMER MÚSICO
No.

PEDRO
Pues yo os lo daré bien dado.

PRIMER MÚSICO
¿Qué nos daréis?

PEDRO
Dinero no, a fe mía, sino la burla. Os daré «juglar».

PRIMER MÚSICO
Entonces yo os daré «criado».

PEDRO
Entonces pondré la daga del criado sobre vuestro cráneo. No cargaré con negras. Os haré re, os haré fa. ¿Me notáis?

PRIMER MÚSICO
Si nos hacéis re y nos hacéis fa, nos notáis.

SEGUNDO MÚSICO
Os ruego que guardéis la daga y saquéis el ingenio.

PEDRO
¡Pues vamos a ellos con mi ingenio! Os zurraré con un ingenio de hierro y guardaré mi daga de hierro. Respondedme como hombres.

(Cantando.)

«Cuando el dolor atroz el corazón hiere,
y tristes endechas oprimen la mente,
entonces la música con su sonido de plata...»

¿Por qué «sonido de plata»? ¿Por qué «la música con su sonido de plata»? ¿Qué decís, Simón Cuerda?

PRIMER MÚSICO
Pues, señor, porque la plata tiene un sonido dulce.

PEDRO
¡Bonito! ¿Qué decís, Hugo Rabel?

SEGUNDO MÚSICO
Digo «sonido de plata» porque los músicos suenan por plata.

PEDRO
¡Bonito también! ¿Qué decís, Santiago Alma?

TERCER MÚSICO
A fe mía, no sé qué decir.

PEDRO
Oh, os pido perdón; vos sois el cantor. Yo diré por vos. Es «la música con su sonido de plata» porque los músicos no tienen oro por tocar.

(Cantando.)

«Entonces la música con su sonido de plata
con pronta ayuda presta remedio.»

Sale.

PRIMER MÚSICO
¿Qué pestilente bribón es este?

SEGUNDO MÚSICO
Que lo cuelguen, Juan. Vamos, entraremos aquí, aguardaremos a los dolientes y nos quedaremos a comer.

Salen.

ACTO QUINTO

ESCENA I

Mantua. Una calle. Entra Romeo.

ROMEO

Si puedo fiarme de la lisonjera verdad del sueño,
mis sueños presagian alguna alegre noticia cercana.
El señor de mi pecho se sienta ligero en su trono,
y todo este día un espíritu desacostumbrado
me alza del suelo con pensamientos alegres.
Soñé que mi dama venía y me hallaba muerto
(¡extraño sueño que da permiso a un muerto para pensar!)
y exhalaba tal vida con besos en mis labios
que revivía y era un emperador.
¡Ay de mí! ¡Cuán dulce es el amor mismo poseído,
cuando solo las sombras del amor son tan ricas en gozo!

Entra Baltasar, criado de Romeo, con botas.

¡Noticias de Verona! ¿Qué tal, Baltasar?
¿No me traes cartas del fraile?
¿Cómo está mi dama? ¿Está bien mi padre?
¿Cómo está mi Julieta? Eso pregunto otra vez,
pues nada puede ir mal si ella está bien.

BALTASAR

Entonces ella está bien, y nada puede ir mal.
Su cuerpo duerme en el monumento de los Capuletos,
y su parte inmortal vive con los ángeles.
La vi depositar en la bóveda de su linaje
y enseguida tomé la posta para decíroslo.
Oh, perdonadme por traeros estas malas noticias,
pues me dejasteis ese encargo, señor.

ROMEO

¿Es así de veras? ¡Pues os desafío, estrellas!
Sabes mi alojamiento. Tráeme tinta y papel
y alquila caballos de posta. Me iré de aquí esta noche.

BALTASAR

Os lo ruego, señor, tened paciencia.
Vuestro semblante está pálido y salvaje y denota
alguna desventura.

ROMEO

Bah, te equivocas.
Déjame y haz lo que te mando.
¿No tienes cartas para mí del fraile?

BALTASAR

No, mi buen señor.

ROMEO

No importa. Vete
y alquila esos caballos. Estaré contigo enseguida.

Sale Baltasar.

Bien, Julieta, esta noche yaceré contigo.
Veamos los medios. Oh maldad, qué veloz eres
para entrar en los pensamientos de los hombres
desesperados.
Recuerdo a un boticario,
y por aquí cerca vive, al que hace poco observé
en harapos, con cejas desmesuradas,
escogiendo hierbas medicinales. Su aspecto era macilento;
la aguda miseria lo había gastado hasta los huesos;
y en su menesterosa tienda colgaba una tortuga,
un caimán disecado y otras pieles
de peces mal formados; y en torno a sus estantes
un mísero muestrario de cajas vacías,
tarros de barro verde, vejigas y semillas mohosas,

restos de bramante y viejas tortas de rosas
estaban esparcidos aquí y allá para hacer ver algo.
Notando esta penuria, me dije:
«Si un hombre necesitara ahora un veneno
cuya venta es muerte inmediata en Mantua,
aquí vive un miserable que se lo vendería.»
Oh, este mismo pensamiento solo precedió a mi necesidad,
y este mismo hombre necesitado me lo ha de vender.
Según recuerdo, esta debe ser la casa.
Siendo día de fiesta, la tienda del mendigo está cerrada.
¡Eh,
boticario!

Entra el Boticario.

BOTICARIO

¿Quién llama tan fuerte?

ROMEO

Ven aquí, hombre. Veo que eres pobre.
Toma, aquí hay cuarenta ducados. Dame
una dosis de veneno, algo de efecto tan rápido
que se esparza por todas las venas
de modo que el que lo tome, cansado de vivir, caiga muerto,
y que el tronco quede descargado de aliento
tan violentamente como la pólvora encendida
sale veloz del vientre del fatal cañón.

BOTICARIO

Tales drogas mortales las tengo; pero la ley de Mantua
es muerte para todo el que las despache.

ROMEO

¿Tan desnudo y lleno de miseria estás
y temes morir? El hambre está en tus mejillas,
la necesidad y la opresión se mueren de hambre en tus ojos,
el desprecio y la mendicidad cuelgan de tu espalda:
el mundo no es tu amigo, ni la ley del mundo;
el mundo no da ley que te enriquezca;
entonces no seas pobre: rómpela y toma esto.

BOTICARIO

Mi pobreza, pero no mi voluntad, consiente.

ROMEO

Pago tu pobreza y no tu voluntad.

BOTICARIO

Poned esto en cualquier líquido que queráis
y bebedlo, y aunque tuvierais la fuerza
de veinte hombres, os despachará enseguida.

ROMEO

Ahí tienes tu oro, peor veneno para las almas de los hombres,
que hace más asesinatos en este mundo repugnante
que estos pobres compuestos que tú no puedes vender.
Yo te vendo veneno; tú no me has vendido ninguno.
Adiós. Compra comida y échate carnes.
Ven, cordial y no veneno, ven conmigo
a la tumba de Julieta; que allí debo usarte.

Salen.

ESCENA II

Verona. La celda de fray Lorenzo. Entra fray Juan a ver a fray Lorenzo.

FRAY JUAN

¡Santo fraile franciscano, hermano, eh!

Entra fray Lorenzo.

FRAY LORENZO

Esta debe ser la voz de fray Juan.
Bienvenido de Mantua. ¿Qué dice Romeo?
O, si su parecer está escrito, dame su carta.

FRAY JUAN

Fui a buscar a un hermano descalzo,
uno de nuestra orden, para que me acompañara
aquí en esta ciudad visitando a los enfermos,
y, al hallarlo, los inspectores de la ciudad,
sospechando que ambos estábamos en una casa
donde reinaba la peste infecciosa,
sellaron las puertas y no nos dejaron salir,
de modo que mi viaje a Mantua quedó detenido.

FRAY LORENZO

¿Quién llevó, pues, mi carta a Romeo?

FRAY JUAN

No pude enviarla *(aquí está de vuelta)*
ni conseguir un mensajero que te la trajera,
tanto temían el contagio.

FRAY LORENZO

¡Desgraciada fortuna! Por mi hermandad,
la carta no era trivial, sino llena de encargo,
de querida importancia; y descuidarla
puede causar gran peligro. Fray Juan, vete de aquí,
consígueme una palanca de hierro y tráela al instante
a mi celda.

FRAY JUAN

Hermano, iré y te la traeré.

Sale.

FRAY LORENZO

Ahora debo ir al monumento yo solo.
Dentro de tres horas despertará la bella Julieta.
Me maldecirá mucho porque Romeo
no ha tenido noticia de estos accidentes;
pero escribiré otra vez a Mantua
y la guardaré en mi celda hasta que venga Romeo.
¡Pobre cadáver viviente, encerrado en la tumba de un muerto!

Sale.

ESCENA III

Verona. Un cementerio; en él, el monumento de los Capuletos. Entran Paris y su Paje con flores y una antorcha.

PARIS

Dame tu antorcha, muchacho. Apártate y mantente lejos.
Aunque apágala, pues no quiero ser visto.
Bajo aquel tejo échate cuan largo eres,
con el oído pegado al suelo hueco.
Así ningún pie pisará el cementerio
(flojo, inestable, por haber desenterrado tumbas)
sin que lo oigas. Silba entonces hacia mí,
como señal de que oyes que algo se acerca.
Dame esas flores. Haz lo que te mando, vete.

PAJE

(Aparte.) Casi me da miedo quedarme solo
aquí en el cementerio; sin embargo me aventuraré.

Se retira.

PARIS

Dulce flor, con flores esparzo tu lecho nupcial
(¡oh pena! tu dosel es polvo y piedras),
que cada noche rociaré con agua perfumada,
o, a falta de ella, con lágrimas destiladas por gemidos.
Las exequias que por ti celebraré
serán cada noche esparcir flores en tu tumba y llorar.

Silba el Paje.

El muchacho avisa de que algo se acerca.
¿Qué pie maldito vaga por aquí esta noche
para estorbar mis exequias y el rito del amor verdadero?
¿Qué, con una antorcha? Ocúltame, noche, un momento.

Se retira.

Entran Romeo y Baltasar, con una antorcha, un azadón y una palanca de hierro.

ROMEO

Dame ese azadón y la palanca.
Toma, lleva esta carta. Temprano por la mañana
cuida de entregarla a mi señor y padre.
Dame la luz. Por tu vida te lo mando:
oigas o veas lo que sea, mantente bien lejos
y no me interrumpas en mi empeño.
Si desciendo a este lecho de muerte
es en parte por ver el rostro de mi dama,
pero sobre todo por tomar de su dedo muerto
un anillo precioso, un anillo que debo emplear
en querido menester. Por tanto vete, márchate.
Pero si tú, receloso, vuelves a espiar
lo que además me propongo hacer,
por el cielo, te desgarraré miembro a miembro
y esparciré con tus miembros este hambriento cementerio.
La hora y mis intenciones son de fiereza salvaje,
mucho más feroces e inexorables
que tigres hambrientos o el mar rugiente.

BALTASAR

Me iré, señor, y no os molestaré.

ROMEO

Así me mostrarás amistad. Toma eso.
Vive, y sé próspero; y adiós, buen amigo.

BALTASAR

(Aparte.) A pesar de todo, me esconderé por aquí cerca.
Temo su semblante y dudo de sus intenciones.

Se retira.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ROMEO

Tú, fauce detestable, vientre de la muerte,
ahíto del bocado más querido de la tierra,
así fuerzo tus mandíbulas podridas a abrirse,
y, por despecho, te atiborraré con más alimento.

Romeo abre la tumba.

PARIS

Este es aquel altivo Montesco desterrado
que mató al primo de mi amor, y de cuya pena
se supone que murió la bella criatura,
y aquí ha venido a hacer alguna vil afrenta
a los cuerpos muertos. Voy a prenderlo.
¡Detén tu labor profana, vil Montesco!
¿Puede perseguirse la venganza más allá de la muerte?
Villano condenado, te prendo.
Obedece y ven conmigo; pues debes morir.

ROMEO

Debo, en efecto; y por eso vine aquí.
Buen y gentil joven, no tientes a un hombre desesperado.
Huye de aquí y déjame. Piensa en estos que se han ido;
que ellos te espanten. Te lo ruego, joven,
no pongas otro pecado sobre mi cabeza
instándome a la furia. ¡Oh, vete!
Por el cielo, te quiero más que a mí mismo,
pues vengo aquí armado contra mí mismo.
No te quedes, vete. Vive, y di más tarde
que la clemencia de un loco te mandó huir.

PARIS

Desafío tu conjuro
y te prendo aquí como criminal.

ROMEO

¿Quieres provocarme? ¡Pues a ti, muchacho!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Se baten.

PAJE

Oh Señor, ¡se pelean! Iré a llamar a la ronda.

Sale. Cae Paris.

PARIS

¡Oh, estoy muerto! Si eres misericordioso,
abre la tumba, ponme con Julieta.

Muere.

ROMEO

A fe mía, lo haré. Déjame examinar este rostro.
¡El pariente de Mercucio, el noble conde Paris!
¿Qué me dijo mi criado cuando mi alma agitada
no lo atendía mientras cabalgábamos? Creo
que me dijo que Paris iba a casarse con Julieta.
¿No lo dijo así? ¿O lo soñé?
¿O estoy loco, al oírle hablar de Julieta,
por pensar que fue así? Oh, dame tu mano,
tú, inscrito conmigo en el libro de la agria desventura.
Te enterraré en una tumba triunfal.
¿Una tumba? Oh, no, una linterna, juventud asesinada,
pues aquí yace Julieta, y su belleza hace
de esta bóveda una sala de fiesta llena de luz.
Muerte, yace tú ahí, enterrada por un muerto.

Lo deja en la tumba.

¡Cuántas veces, al borde de la muerte,
los hombres han estado alegres! Lo que sus guardianes llaman
un relámpago antes de la muerte. Oh, ¿cómo puedo yo
llamar a esto un relámpago? ¡Oh amor mío! ¡Esposa mía!
La muerte, que ha chupado la miel de tu aliento,
aún no ha tenido poder sobre tu belleza.

No estás vencida. La enseña de la belleza aún
es carmesí en tus labios y en tus mejillas,
y la pálida bandera de la muerte no está izada allí.
Teobaldo, ¿yaces ahí en tu sudario sangriento?
Oh, ¿qué mayor favor puedo hacerte
que con esa mano que cortó en dos tu juventud
segar la de quien fue tu enemigo?
Perdóname, primo. Ay, querida Julieta,
¿por qué estás aún tan hermosa? ¿He de creer
que la Muerte incorpórea es amorosa,
y que el monstruo flaco y aborrecido te guarda
aquí a oscuras para ser su amante?
Por temor a eso me quedaré siempre contigo
y nunca de este palacio de noche sombría
partiré otra vez. Aquí, aquí me quedaré
con los gusanos que son tus doncellas de cámara. Oh, aquí
estableceré mi descanso eterno
y sacudiré el yugo de las estrellas aciagas
de esta carne cansada del mundo. ¡Ojos, mirad por última vez!
¡Brazos, tomad vuestro último abrazo! Y vosotros, labios,
puertas del aliento, sellad con un beso justo
un trato sin fecha con la muerte acaparadora.
¡Ven, amargo guía; ven, desabrido conductor!
¡Tú, piloto desesperado, estrella ahora de golpe
contra las rocas que rompen tu barca cansada y mareada!
¡Por mi amor!

Bebe.

¡Oh boticario sincero!
Tus drogas son rápidas. Así, con un beso, muero.

Cae.

Entra fray Lorenzo, con linterna, palanca y pala.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

FRAY LORENZO

¡San Francisco me asista! ¡Cuántas veces esta noche
mis viejos pies han tropezado en tumbas! ¿Quién va?

BALTASAR

Aquí uno, un amigo, y uno que os conoce bien.

FRAY LORENZO

¡La dicha sea con vos! Decidme, buen amigo,
¿qué antorcha es aquella que presta en vano su luz
a gusanos y calaveras sin ojos? Según distingo,
arde en el monumento de los Capuletos.

BALTASAR

Así es, santo señor; y allí está mi amo,
uno al que amáis.

FRAY LORENZO

¿Quién es?

BALTASAR

Romeo.

FRAY LORENZO

¿Cuánto tiempo lleva allí?

BALTASAR

Una buena media hora.

FRAY LORENZO

Ven conmigo a la bóveda.

BALTASAR

No me atrevo, señor.
Mi amo cree que me he ido de aquí,
y me amenazó terriblemente con la muerte
si me quedaba a mirar sus intenciones.

FRAY LORENZO

Quédate, pues; iré solo. El miedo me invade.
Oh, mucho temo alguna cosa funesta.

BALTASAR

Mientras dormía bajo este tejo de aquí,
soñé que mi amo y otro se batían
y que mi amo lo mataba.

FRAY LORENZO

¡Romeo!
Ay, ay, ¿qué sangre es esta que mancha
la pétrea entrada de este sepulcro?
¿Qué significan estas espadas sin dueño y ensangrentadas
que yacen descoloridas junto a este lugar de paz?

Entra en la tumba.

¡Romeo! ¡Oh, pálido! ¿Quién más? ¡Qué, Paris también?
¿Y empapado en sangre? Ay, ¡qué hora cruel
es culpable de este lamentable suceso! La dama se mueve.

Julieta se levanta.

JULIETA

¡Oh fraile consolador! ¿Dónde está mi señor?
Recuerdo bien dónde debo estar,
y ahí estoy. ¿Dónde está mi Romeo?

FRAY LORENZO

Oigo algún ruido. Señora, salid de este nido
de muerte, contagio y sueño antinatural.
Un poder mayor, que no podemos contradecir,
ha frustrado nuestras intenciones. Venid, venid.
Tu esposo yace muerto en tu regazo;
y Paris también. Venid, os pondré
entre una hermandad de santas monjas.
No os detengáis a preguntar, que viene la ronda.
Venid, id, buena Julieta. No me atrevo a quedarme más.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

JULIETA

Ve, vete de aquí, que yo no me iré.

Sale fray Lorenzo.

¿Qué es esto? ¿Una copa, cerrada en la mano de mi verdadero amor?
Veneno, veo, ha sido su fin prematuro.
¡Oh tacaño! ¡Lo bebiste todo, y no dejaste una gota amiga que me ayudara después! Besaré tus labios.
Quizá algún veneno aún cuelgue en ellos
para hacerme morir con un restaurador.

Lo besa.

¡Tus labios están tibios!

JEFE DE LA RONDA

(Dentro.) Guía, muchacho. ¿Por dónde?

JULIETA

¿Sí, ruido? Entonces seré breve. ¡Oh daga feliz!

Toma la daga de Romeo.

Esta es tu vaina; descansa ahí, y déjame morir.

Se apuñala y cae sobre el cuerpo de Romeo.

Entran el Paje de Paris y la Ronda.

PAJE

Este es el lugar. Allí, donde arde la antorcha.

JEFE DE LA RONDA

El suelo está ensangrentado. Registrad el cementerio. Id, algunos de vosotros; a quien halléis, prendedlo.

Salen algunos de la Ronda.

¡Visión lastimosa! Aquí yace el Conde muerto;
y Julieta sangrando, tibia, recién muerta,
que aquí lleva dos días enterrada.

Id, avisad al Príncipe; corred a los Capuletos;
levantad a los Montescos; otros, registrad.

Salen otros de la Ronda.

Vemos el suelo sobre el que yacen estas desdichas,
pero la verdadera causa de todas estas lastimosas desdichas
no podemos descubrirla sin detalles.

Entran algunos de la Ronda con Baltasar, el criado de Romeo.

SEGUNDO GUARDIA

Aquí está el criado de Romeo. Lo hallamos en el cementerio.

JEFE DE LA RONDA

Guardadlo con seguridad hasta que venga el Príncipe.

Entran fray Lorenzo y otro guardia.

TERCER GUARDIA

Aquí hay un fraile que tiembla, suspira y llora. Le quitamos este azadón y esta pala cuando salía de este lado del cementerio.

JEFE DE LA RONDA

¡Gran sospecha! Retened también al fraile.

Entra el Príncipe con su séquito.

PRÍNCIPE

¿Qué desventura se levanta tan temprano
que llama a nuestra persona de su descanso matinal?

Entran Capuleto, su esposa y otros.

CAPULETO

¿Qué puede ser, que gritan así por ahí?

SEÑORA CAPULETO

La gente de la calle grita «Romeo»,
otros «Julieta», y otros «Paris»; y todos corren
con clamor abierto hacia nuestro monumento.

PRÍNCIPE

¿Qué espanto es este que nos sobresalta los oídos?

JEFE DE LA RONDA

Soberano, aquí yace muerto el conde Paris; y Romeo muerto; y Julieta, muerta antes, tibia y recién matada.

PRÍNCIPE

Buscad, indagad y averiguad cómo ha ocurrido este vil asesinato.

JEFE DE LA RONDA

Aquí hay un fraile, y el criado del asesinado Romeo, con instrumentos encima aptos para abrir las tumbas de estos muertos.

CAPULETO

¡Oh cielos! ¡Oh esposa, mira cómo sangra nuestra hija!
Esta daga se ha equivocado, pues, mira, su casa
está vacía a la espalda del Montesco,
¡y ella está mal envainada en el pecho de mi hija!

SEÑORA CAPULETO

¡Ay de mí! Esta visión de muerte es como una campana
que advierte a mi vejez de un sepulcro.

Entran Montesco y otros.

PRÍNCIPE

Venid, Montesco; pues os habéis levantado temprano
para ver a vuestro hijo y heredero caído más temprano.

MONTESCO

¡Ay, mi señor, mi esposa ha muerto esta noche!
La pena por el destierro de mi hijo le ha cortado el aliento.
¿Qué otra desdicha conspira contra mi vejez?

PRÍNCIPE

Mirad, y veréis.

MONTESCO

¡Oh tú, mal enseñado! ¡Qué modales son estos,
adelantarte a tu padre a una tumba!

PRÍNCIPE

Sellad la boca del ultraje por un tiempo,
hasta que podamos aclarar estas ambigüedades
y conocer su fuente, su origen, su verdadera descendencia;
y entonces seré general de vuestras penas
y os llevaré incluso hasta la muerte. Mientras tanto
contened,
y que la desgracia sea esclava de la paciencia.
Traed a los sospechosos.

FRAY LORENZO

Yo soy el mayor, el que menos puede hacer,
y sin embargo el más sospechoso, pues el tiempo y el lugar
militan contra mí en este terrible asesinato;
y aquí estoy, tanto para acusar como para purgar
a mí mismo condenado y a mí mismo disculpado.

PRÍNCIPE

Di entonces de una vez lo que sabes de esto.

FRAY LORENZO

Seré breve, pues mi corto plazo de aliento
no es tan largo como un cuento tedioso.
Romeo, ahí muerto, era esposo de esa Julieta;
y ella, ahí muerta, esposa fiel de ese Romeo.
Yo los casé; y su día de bodas robado
fue el día del juicio de Teobaldo, cuya muerte intempestiva
desterró de esta ciudad al novio recién hecho;
por el cual, y no por Teobaldo, languidecía Julieta.
Vos, para quitarle ese asedio de pena,
la desposasteis y queríais casarla por la fuerza
con el conde Paris. Entonces ella viene a mí
y con miradas salvajes me manda idear algún medio
para librarla de este segundo matrimonio,
o en mi celda se mataría ella misma.
Entonces le di *(instruido así por mi arte)*
una poción dormidera; que surtió el efecto
que yo pretendía, pues obró en ella
la forma de la muerte. Mientras tanto escribí a Romeo
que viniera aquí en esta espantosa noche
a ayudarme a sacarla de su tumba prestada,
siendo la hora en que la fuerza de la poción cesaría.
Pero el que llevaba mi carta, fray Juan,
fue detenido por un accidente, y anoche
me devolvió mi carta. Entonces, solo,
a la hora fijada para su despertar
vine a sacarla de la bóveda de su linaje,
con la idea de guardarla en secreto en mi celda
hasta que pudiera enviar cómodamente a Romeo.
Pero cuando llegué, unos minutos antes de la hora
de su despertar, aquí yacían, antes de tiempo,
el noble Paris y el fiel Romeo muertos.
Ella despierta; y yo le rogué que saliera
y soportara con paciencia esta obra del cielo;

pero entonces un ruido me ahuyentó de la tumba,
y ella, demasiado desesperada, no quiso venir conmigo,
sino que, según parece, se hizo violencia.
Todo esto sé, y del matrimonio
su ama está enterada; y si algo en esto
se malogró por culpa mía, que mi vieja vida
sea sacrificada, unas horas antes de su tiempo,
al rigor de la ley más severa.

PRÍNCIPE

Siempre te hemos conocido como hombre santo.
¿Dónde está el criado de Romeo? ¿Qué puede decir en esto?

BALTASAR

Yo llevé a mi amo la noticia de la muerte de Julieta;
y entonces en posta vino desde Mantua
a este mismo lugar, a este mismo monumento.
Esta carta me mandó entregar temprano a su padre,
y me amenazó de muerte, al entrar en la bóveda,
si no me iba y lo dejaba allí.

PRÍNCIPE

Dame la carta. La miraré.
¿Dónde está el paje del Conde, que dio aviso a la ronda?
Tú, ¿qué hacía tu amo en este lugar?

PAJE

Vino con flores a esparcir en la tumba de su dama;
y me mandó mantenerme lejos, y así lo hice.
Enseguida viene uno con luz a abrir la tumba;
y poco después mi amo desenvainó contra él;
y entonces yo corrí a llamar a la ronda.

PRÍNCIPE

Esta carta confirma las palabras del fraile,
el curso de su amor, la noticia de su muerte;
y aquí escribe que compró un veneno
a un pobre boticario, y con él
vino a esta bóveda a morir y yacer con Julieta.
¿Dónde están estos enemigos? Capuleto, Montesco,
ved qué azote se ha puesto sobre vuestro odio,
¡que el cielo halla medios de matar vuestras alegrías con amor!
Y yo, por hacer la vista gorda a vuestras discordias,
he perdido un par de parientes. Todos estamos castigados.

CAPULETO

Oh hermano Montesco, dame tu mano.
Esta es la dote de mi hija, pues no más
puedo pedir.

MONTESCO

Pero yo puedo darte más;
pues alzaré su estatua en oro puro,
de modo que mientras Verona sea conocida por ese nombre,
no habrá figura puesta a tal precio
como la de la leal y fiel Julieta.

CAPULETO

Tan rica yacerá la de Romeo junto a su dama:
¡pobres sacrificios de nuestra enemistad!

PRÍNCIPE

Una paz sombría trae consigo esta mañana.
El sol, de pena, no quiere mostrar la cabeza.
Idos de aquí, a hablar más de estas tristes cosas;
unos serán perdonados, y otros castigados;
pues nunca hubo historia de más dolor
que esta de Julieta y su Romeo.

Salen todos.

Notas de la traducción

El texto base. Se usó la edición inglesa de Project Gutenberg n.º 1777 (el texto de las *Obras completas* de Shakespeare). Sus acotaciones están traducidas; en las escenas donde el texto base numera distinto que otras ediciones se respetó su división.

Verso y prosa. Shakespeare alterna verso blanco, versos rimados y prosa. Aquí el verso se tradujo como verso libre, en líneas paralelas a las del original, y la prosa como prosa. Los sonetos (el Prólogo, el Coro del segundo acto y el primer diálogo de los amantes en el baile) conservan, en lo posible, su forma de catorce versos, aunque sin rima fija.

«Montesco» y «Capuleto». Se usan las formas españolas tradicionales de los apellidos *Montague* y *Capulet*, que en español designan también a las dos casas.

El pulgar y la burla. En la primera escena, Sansón «se muerde el pulgar» (*bite my thumb*) ante los criados de los Montescos: era un gesto de insulto en la época. Se tradujo literalmente, porque el gesto es la causa de la primera riña.

Juegos de palabras de Mercucio. Los chistes de Mercucio (*a grave man*, *wild-goose chase*, *fee simple*) se adaptaron a juegos equivalentes en español siempre que fue posible: «un hombre sepulcral» por *a grave man*; «pleno dominio» por *fee simple*. Algunas alusiones obscenas (el «etcétera» y la «pera») se mantienen porque son parte del tono del personaje.

La reina Mab. El monólogo de Mercucio sobre la reina Mab (*Queen Mab*) se tradujo completo, con las criaturas diminutas

y los sueños de cada oficio. Mab es un hada de la tradición inglesa; el nombre se conserva.

El Príncipe. En la lista de personajes figura como Escalo (*Escalus*); dentro del texto lo llaman simplemente «el Príncipe», como en el original.

Los músicos de Pedro. En el Acto IV, Pedro se burla de los músicos con juegos sobre sus nombres, que en inglés son nombres de instrumentos (*Catling*, *Rebeck*, *Soundpost*). Se tradujeron a «Simón Cuerda», «Hugo Rabel» y «Santiago Alma» (el «alma» es la pieza interior del violín).

La poción y el tiempo. En el original Fray Lorenzo da a Julieta un sueño de «cuarenta y dos horas» y esa cifra se conservó.

El cierre. La obra termina con las palabras del Príncipe sobre «Julieta y su Romeo». Se tradujeron manteniendo el orden del original.



LeyThra

Lee. Comprende. Crece.

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Romeo y Julieta, de William Shakespeare

leythra.com